

ASOCIACION LICITA



- 2005 -

Ficcioneros

**Una antología
de escritores
hispanoparlantes
unidos por internet**

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS - 2005

Diseñado por Alfredo Gabriel Salinas

ÍNDICE

Prólogo	5
El sexto continente Blanca Acosta	10
Simplemente sales y cierras la puerta Raúl Aguiar	17
Un simple drama de miseria Ricardo Alvarez Morel	24
En las puertas de Tánger Moshe Benarroch	27
El hombre que se propuso ser rico Andrés Casanova	38
Detrás de la sábana Mariano Cognigni	48
Las diez muertes de Perseo Ruiz Jesús Cotta Lobatto	51
Afuera la lluvia percute José Miguel Desuárez	56
Espejos Marisa Florenzano	62

Noche de paz Queta García Navarro _____	69
Fábula del brazo desalmado Ernesto González _____	74
La cita Luis Daniel Gutiérrez Espinoza _____	83
Me limpio los dientes con las cuerdas flojas Gabriel López Nieto _____	87
Amor eterno JoLuLo _____	92
La mirada del arquitecto Francisco Javier Pérez Fernández _____	97
Un beso en la esquina Alfredo Gabriel Salinas _____	100
Un instante en Oslo Javier Vázquez Losada _____	116

NOTA DE PRESENTACIÓN

A principios de abril del año 2005, un grupo de escritores de diversos países que participan en el concurso de novela que convoca este año la editorial Lengua de Trapo, recibieron un mensaje colectivo en el que se les avisaba la llegada de la novela concursante a esa editorial.

A uno de ellos, José Miguel Desuárez, desde España, se le ocurrió comunicarse con aquel centenar de direcciones electrónicas invitándolos a todos a aprovecharse de lo que para algunos fue un error electrónico, y para otros la comodidad de enviar un mensaje con la opción “*responder a todos*”.

Sean las razones que fueren, lo cierto es que al cabo de los meses aquel grupo se encuentra parcialmente unido a través de Internet (en la actualidad, quedan veinticinco) y han decidido comenzar la primera empresa comunitaria: la publicación de un libro de relatos.

Desde Argentina, Alfredo Salinas puso manos a la obra y compiló los relatos, elaboró el libro en formato pdf y he aquí el resultado. Desde el punto de vista estadístico, un total de 15 autores, de ellos 2 mujeres. En cuanto a sus nacionalidades, cinco argentinos, un colombiano, tres cubanos, un marroquí y cinco españoles. Un balance internacional que servirá a los interesados para conocer aunque sea de manera parcial lo que está sucediendo en el terreno literario en esas fronteras.

Una descripción aunque sea muy breve de los temas abordados por estos escritores en sus narraciones, abre otro campo de interés. En *El sexto continente* (Blanca Nidia Acosta, Argentina) la realidad y la ficción llegan a confundirse, hasta inventar un continente que quizás sea un país existente o un mito. *Simplemente sales y cierras la puerta* (Raúl Aguiar, Cuba) indaga acerca de qué queda más allá de la vida y el personaje central se propone descubrir qué sucede con la llegada de la muerte. *Un simple drama de miseria* (Ricardo Álvarez Morel, Argentina) nos hace un guiño tramposo con la vejez y sus horribles consecuencias. *En las puertas de Tánger* (Moshe

*Benarroch, Marruecos) se nos habla del desarraigo de quienes buscan un lugar en el que haber nacido si no de manera física, sí al menos de manera sentimental; y de quienes desean encontrar un sitio seguro donde depositar sus sentimientos más íntimos. **El hombre que se propuso ser rico** (Andrés Casanova, Cuba) nos relata el fracaso de un personaje que estuvo luchando desde su nacimiento mismo por triunfar en la vida y casi llegó a lograrlo. **Detrás de la sábana** (Mariano Cognigni, Argentina) viene a decirnos con su historia que el juego de la vida consiste en un miedo controlado. **Las diez muertes de Perseo Ruiz** (Jesús Cotta Lobatto, España) inician una y otra vez el ciclo de la vida, mediante la cual el hombre intenta sacudirse y vencer a la muerte. **Afuera la lluvia percute** (José Miguel Desuárez, España) es una especie de trilogía para un hombre necesitado de construirse tres historias diferentes... porque la real, la cuarta, le parece demasiado trivial. **Espejos** (Marisa Florenzano, Argentina) intenta borrar con la ayuda del tiempo las vivencias que no puede perfeccionar, corregir ni reparar. En **Noche de paz** (Queta García, España), con un lenguaje poético, se nos describe el*

despertar de una ciudad en unos días navideños en los cuales los ricos y los pobres se separan. ***Fábula del brazo desalmado*** (Ernesto González, Cuba), con un fino humor, nos compara las tendencias políticas del mundo actual con los órganos del cuerpo. ***La cita*** (Luis Daniel Gutiérrez Espinoza, Perú) es una de esas historias de amor loco que muy poco dejan para el amor. ***En me limpio los dientes con las cuerdas flojas*** (Gabriel López Nieto, Colombia), un travesti desnuda sus miserias. ***En Amor eterno*** (JoLuLo, España) las mariposas se agitan en el estómago de Carmen cuando Ignacio pretende sanarle su herida, y el beso que intentan se convierte en inmortal. ***La mirada del arquitecto*** (Francisco Javier Pérez Fernández, España) es la historia de un hombre que se impone una proeza más allá de los límites humanos. Con ***Un beso en la esquina*** (Alfredo Gabriel Salinas, Argentina), Florián llega a dudar que el amor eterno sea la mentira más grande que todo el mundo desea creer. Finalmente, ***Un instante en Oslo*** (Javier Vázquez Losada, España) nos descubre un viaje en un avión que parece uno de esos barcos perdidos en la nada.

En fin, todo un conjunto para ser disfruta-

do por los amantes del cuento y el relato, que encontrarán en estas piezas ocasión para la risa y el llanto. Porque todas las obras incluidas resultan una provocación contra la indiferencia.

Andrés Casanova,
Las Tunas, Cuba,
5 de junio de 2005

El sexto continente

Blanca Nidia Acosta

La tierra comenzó a temblar. Un movimiento sísmico y global igualó al planeta un día y una noche. Si el sol encandilaba un hemisferio y la luna alumbraba pálida la otra ración terrenal, no le haría diferencia, la humanidad estaba enclaustrada en algo que parecía ser un sismo mundial.

La magnitud no superó a la extensión del movimiento, era lánguido y tenue, pero constante. Teníamos la sensación de que la tierra era un vientre materno a punto de parir a su simiente, cuyas contracciones agitaba en su jadeo, nuestra aterrada existencia cuestionada.

El mundo detuvo su andar agitado, incluyendo a la gran Babilonia que no salía de su asombro, que no daba abasto su esfuerzo cognoscitivo para explicar a sus colonias, la inverosimilitud del fenómeno.

Geólogos doctos se aferraban a sus avezados parámetros, que frente a lo ignoto, eran precarios y obsoletos. Nosotros, como resto del mundo, solo nos aferrábamos a prestar vista y oído a emisoras

confusas que vociferaban el caos y dilataban el temor.

Me recuerdo sentada frente al tablero, y escribiendo con una compulsión inexplicable aquel fenómeno que empujó mi psiquis, dentro de una cápsula literaria para canalizar aquel hecho, que lejos de llenarme de pánico, me colmaba de asombro y esperanza. Luego supe porque.

Algo se estaba gestando y yo lo sabía. La intuición tomó el lugar de la musa y me dictaba el pensamiento, para luego fluir en la palabra impresa. Como la energía eléctrica iba y venía, y luego más se iba que venía, apagué mi computadora, tomé lápiz y papel y confié mis ojos a la luz de un candelero. Me autoproclamé testigo de lo que estaba sucediendo y documentaba lo que vivía, sentía y pensaba:

“ La Tierra era una mujer despojada de su honra, fue ultrajada, sometida, mutilada y dividida en cinco partes desiguales, para comunicarse entre ella misma.

Y no previó su verdugo que ella era una mujer, que en sus fértiles entrañas podía fecundarse...ALGO...”

Allí me detuve mientras seguía agudizando mis cinco sentidos, dejé el lápiz sobre la mesa, miré mi mano derecha y mis cinco dedos...y pensé en los cinco continentes.

La noche se refugió en esta parte del hemisferio, y junto con ella el periodo completo de veinticuatro horas de aquel movimiento sísmico. Entonces comenzó a emerger. En el medio del océano, una gran extensión terrenal, salía de las aguas haciéndose lugar entre

pequeñas islas. Primero dejó ver una diadema cuya mayor elevación, se manifestaba en un cordón de sierras, luego se asomó una plétora de vergeles que obedecían el capricho del suelo. Y así, como asumiendo su magnificencia tan bella como enigmática, se mostró completa instalándose sobre la faz de la tierra.

Lo que no tenía en extensión lo tenía por belleza. Emergió desde la nada, pero era decir desde el todo, su útero gestacional era un abismo azul de cálidas aguas amnióticas, en donde había flotado su magnifico heredero.

El temblor había terminado como así también, el pánico global que mantuvo en vilo a la humanidad, la Tierra había cesado sus contracciones y había dado a luz aquel esplendoroso vergel. Los devotos de una Atlántida perdida exclamaron «hete aquí» «¿quién osará dudarlo ahora?» Pero una simple cuestión de extensión aboliría aquella teoría: la utópica Atlántida sería mayor que Asia Menor y Libias juntas, la dimensión no coincidía. Descartada aquella hipótesis, simplemente se debía aceptar que aquella masa maravillosa de tierra, nunca antes había reinado en la superficie.

Entonces seguí escribiendo: “Y ella parió a su hijo, no fue fruto del amor, el dolor también gesta... el dolor es una savia que procrea y nutre... y cuando eso sucede da a luz su vástago y le pone un nombre, lo llama LIBERTAD”

La gran Babilonia deseaba despuntar su vicio una vez más y se lanzó a la conquista del edénico lugar, llevaron su bandera salpicada

de estrellas para apuñalar la sierra mayor y tomar posesión de aquella misteriosa tierra.

Llegaron, no fue tan difícil, estaba tan cerca de sus dominios, que pensaron que les pertenecía por ley de proximidad, o tal vez por una ideología que nunca se animaron a decir, pero que no se cansaron de manifestar: «lo que es tuyo es mío, y lo que es mío es mío».

Tanto se ufanaron de la posesión, que apenas repararon en aquella casta belleza, mezquinaron sus ojos al bucólico paisaje. Entonces, el conquistador mayor, asió la bandera y cuando estuvo a punto de hincarla, se sintió una voz de «alto».

Detrás de la loma mayor de aquel espléndido paisaje, se asomó un extraño hombre acompañado por una multitud que al juzgar por apariencias eran nativos del lugar. Sus ojos de café granado resaltaban la piel glasé, que parecían haber sido pinceladas con el lodo, y luego besadas por el sol.

Lentamente el extraño hombre se acercó, fijó sus ojos penetrantes en el conquistador sorprendido y con voz firme le dijo:

- Podrás clavar tu bandera en la luna, buscarás otros planetas, y aún así, tu sed de conquista no será saciada; pero jamás has de conquistar esta porción de tierra-

- No sabíamos que estaba habitada - le respondió el conquistador.

- Pues ahora lo saben. Ve y anúnciale al mundo que seremos libres de conquistas, de sometimientos. Es decir: libres de todo

mal-

El colonizador, intimidado por la firmeza de aquellas palabras, bajó lentamente su bandera, miró a sus hombres y dio la orden de retirada.

Llegaron a la costa, ingresaron al navío que los trajo, y desvanecieron su imagen en alta mar. Sobre la rivera, una columna de nativos orillaba la costa con el sol a sus espaldas, y delineaba su sombra sobre la arena dorada.

Los intentos por apoderarse de aquella tierra, continuaron una y otra vez, pero siempre fallaban. Había algo en ella que seducía a los dioses terrenales, estos estaban dispuestos a todo para apropiarse de aquel pequeño “Sexto Continente” así fue su nombre de bautismo.

Muchos eran los mitos que nacieron en su entorno, algunos decían que en aquella tierra exótica, las personas poseían el mágico don de no ambicionar más de lo que necesitan para el básico sustento.

Otros conjeturaban que allí crecía una extraña planta, que podía curar cualquier enfermedad, la que fuere, incluso la Peste Piedra, flagelo que la mitad de la humanidad venía sufriendo, y se manifestaba con síntomas irreversibles: endurecimientos de la aurícula izquierda y pérdida parcial o total de los sentimientos.

No faltaron los que afirmaban que aquella gente, se comunicaba de una manera distinta a la nuestra, un lenguaje llamado “argotmusical” hablaban en sinfonía, por eso, los que pudieron comunicarse con ellos

por primera vez, nunca dejaban de hacerlo, querían aprender cada vez más.

Pese a todas estas creencias, el mundo no era consciente, de que la propia tierra era madre de esa tierra, algunos estaban completamente enajenados del verdadero motivo por el cual El Sexto Continente había nacido, lo tomaban como un parámetro de discordia y ostentación, por su quimérica cultura.

Con el correr del tiempo, se acostumbraron a verlo allí, como una suerte de Meca donde el honor hallaba su santuario, para muchos fue una lumbrera en un oscuro sistema que intentaba confundir ideas.

Así viví esa historia, todavía no he podido ir a conocer aquella tierra, está muy distante de mi espacio físico, pero he podido comunicarme con algunos de sus habitantes, y comprobé que es verdad, que hablan en sinfonía, por eso después del primer contacto, seguí comunicándome.

Y ellos...y solo por testimonio de ellos, supe que si tenían el mágico don de no ambicionar más de lo necesario para su básico sustento. La exótica planta que curaba todas las enfermedades, incluso la peste piedra, también existía. Crecía en la sierra mayor, abundante y generosa.

Muchos hacían largos viajes para curarse de la Peste Piedra, y luego regresaban a su mundo, recuperando en forma total sus sentimientos, pero no se animaban a contar que allí se curaron, el día que

alguien hizo la confesión, fue acusado de traidor a la Patria Universal, por eso optaron por “la cultura del silencio”.

Esto es todo lo que sé de aquella indómita tierra, es todo de lo que puedo dar fe...y puedo decir que mereció llamarse “El Sexto Continente” Aunque los nativos del lugar son muy modestos y dicen que es una isla, la llamaron Cuba y su bandera flamea con los vientos caribeños majestuosa y digna, haciendo brillar su única estrella.

Blanca Acosta

Nació el 9 de agosto de 1961 en José C. Paz, Buenos Aires, Argentina. Libro publicado: “Los Estados Unidos de Latinoamérica, el despertar de una gran nación”. Libro inédito: “Saisem”

Cuentos: “Bioinversa”, “El sexto continente”, “Relatos de mi tierra”, “Cuentos de verano”.

Poemario: “Amor sombrío” y “Grito de la sangre”.

Es miembro del congreso bolivariano por la unidad de los pueblos y de la red solidaria Salieri de León Gieco.



Simplemente sales y cierras la puerta

Raúl Aguiar

Deseas viajar a la muerte. No hay confusión, no deseas suicidarte, solo eso, viajar a la Muerte. Saber qué es. Qué hay más allá. ¿La nada? ¿El todo? Es la pregunta que te has formulado a lo largo de toda tu existencia. Piensas que por lo menos una vez en la vida se da la visión total y sobrecogedora del concepto. Al menos para ti ocurrió solo una vez, a la edad de cinco o seis años. Ahora recuerdas. Venías caminando de regreso a casa, después de jugar al escondite con tus amigos y tuviste la iluminación. En ella eras un anciano de 80 años o más, cerrando los ojos por última vez y luego sobrevinía la nada, el infinito negro, vacío más allá del sueño. Entraste gritando, esquivando los brazos de tu madre, te encerraste en el cuarto y desde entonces te dedicas a ocultar esa visión con objetos y deseos, con fantasmas. Piensas que si te hubiera sucedido dos veces ya nada habría tenido el más mínimo sentido y estarías desconfiando

y temeroso de cada paso a dar, cada palabra o gesto. Pero pasó el tiempo. Terminaste la primaria y fuiste a estudiar a una de aquellas horribles becas en el campo, las paredes teñidas por el fango, volver cada crepúsculo con el cuerpo adolorido, las manos llenas de ampollas y los pies enfermos. Una noche tus compañeros jugaban algo extraño. Mandaban a una persona a hacer diez cucullas y aguantar la respiración, luego le apretaban levemente con los dedos las venas del cuello y la persona caía al suelo desmayada. Entonces le daban un par de bofetadas suaves y el muchacho volvía en sí. “¿Qué viste?”, le preguntaban, y este daba una explicación confusa. Como variante, antes de caer al suelo le ordenaban hacer algo —decir alguna frase, quitarse el cinto, en el caso de una muchacha enseñar sus senos— llamaban a este juego “Muerte instantánea” y, por supuesto, te ofreciste al experimento con igual disposición que si te hubieran invitado a jugar al dominó o a una partida de solterona.

Nada especial, aparte del cordón en la garganta y el mundo diluyéndose en fantasmas grises. “Dame el reloj” escuchado desde muy lejos y el intento de negar el gesto cuando todos los músculos obligaban a ello. Te decepcionó; solo era un desmayo por asfixia inducida, al igual que te desencantaron otros experimentos de hipnosis, nada clave para el aprendizaje o la nostalgia. Los tres años pasaron sin marca, ni siquiera fuiste elegido por alguna muchacha para darle el primer beso.

Ya en el preuniversitario creíste nacer a la luz; en un libro un

hombre relataba sus experiencias de viaje a la muerte a partir de la relajación yoga. Acostado, había que llevar los ojos noventa grados al extremo superior de la cabeza hasta sentir la caída en el abismo y no reaccionar, seguir cayendo infinitamente hasta romper la barrera del miedo. Aquellos eran los primeros pasos. Luego sentías la energía kundalini formando ondas en tu columna vertebral y después como tu mente o tu alma se separaba del cuerpo. Entonces te veías desde arriba y por último entrabas a un túnel de luz pero nunca debías llegar a la frontera final, sino regresar a tiempo, so pena de quedarte allí para siempre.

Parecía fácil. Deseabas hacerlo. Pasaste muchas noches intentándolo. Ya estabas logrando algunos avances cuando apareció la primera novia y ya en ese juego se te pedían otras heroicidades, y en la cama no había lugar para experimentos macabros. Lo tomaste como una señal, una carnada para salir del lado oscuro hacia otra vida más encabritada, y fuiste feliz hasta que llegó la vejez de siempre en cualquier relación, los devoró la rutina y ella se marchó un mal día en plena lluvia de insultos. Ahora comprendes que solo bastaba pedirle por su regreso pero nunca lo hiciste; adolescente al fin te regodeaste en el dolor como si este fuera la explicación del universo y pensaste por primera vez en el suicidio. No niegas el desgarramiento, la sensación de irse lejos nadando entre olas furiosas sin pasaje de regreso, solo que la demencia no te llevó tan lejos en ese acto. Alguien insufló nuevo aliento en tus pulmones llenos de agua y te trajo de vuelta a

pastar en el rebaño. En esa ocasión tampoco aprendiste lo que era la muerte, tan solo su instante anterior, de donde no quedan huellas, todavía el más acá, siempre un segundo más acá. De todas formas no te espantó la mordedura, todo lo contrario. Tu cuarto se convirtió en una biblioteca de libros esotéricos y por supuesto, todo un período de corte celeste, Dios mediante, enviándole deseos por correo mental, vaciando cada editorial de oraciones y teólogos. Resultado igual cero. A lo peor era un error pero te pareció que el asunto no se resolvía con cielos e infiernos. Comprendiste que hasta el amor necesita leyes para ser creíble. Y fue entonces, ya en la universidad, cuando encontraste a la mujer que luego sería tu esposa y madre de tus hijos, y la que te borraría por más de diez años toda aquella tinta de locura.

Fueron diez años placenteros y grises, donde lo más importante se resumía en impartir tus clases, todas iguales, rutinarias, reconócelo, clases de literatura para un grupo de muchachos tan aburridos y obstinados como tú, hasta un día mágico en que llegó ella, la niña bruja, con su cuerpo adolescente y seductor, a tenderte sus hilos de miradas furtivas y piernas entrecruzadas con descaro que al principio no querías mirar, pero que luego te fueron atrapando hasta que un mediodía terminaron en una cama húmeda de hotel barato, las paredes cubiertas con corazones y letreros, noches de insomnio feroz, disparándote a sensaciones crecientes y experiencias duras, rejuvenecido, con la caída inevitable en los rituales, el lado oscuro del sexo.

“El Universo es mental”, te explicaba la niña después de una noche de esas, “en esencia solo somos seres informáticos vibrando en un campo infinito de energía, por eso la muerte no existe”, y tú resistiéndote a entender “¿Y los ángeles?, ¿y los demonios?, ¿y la reencarnación?”

“Todo es lo mismo. La vida biológica es solo una faceta de la vida informática”; “Sí, sí, pero ¿qué pasa? ¿A dónde nos vamos después que termina la vida biológica?” Entonces ella se reía con sus ojos locos: “Irás a donde intentes ir...porque todo es intento.”

Aquellos fueron los meses más intensos de tu vida. Claro que el péndulo volvió a oscilar y no estabas preparado. Cambiaron los fractales, llegó la *Deus Irae* y tu esposa se enteró de la infidelidad y luego, lógicamente, llegó todo lo demás: el divorcio, el escándalo en la escuela y por consiguiente tu expulsión definitiva. De pronto donde había un hombre emergió una cucaracha y una semana después también se fue la niña bruja, hastiada, a dar su magia y sus piernas a otro con más voluntad de lucha y desafío.

Y por supuesto, un segundo intento de suicidio. Frustrado también, quizás a propósito. Tu vida se dedicó entonces a programar el tiempo huyendo de las compañías, los años fueron pasando como un soplo de aire entre libros llenos de polvo, en un trabajo miserable como auxiliar de biblioteca, dentro del vacío general algunos escauceos menopáusicos y nada más, todo para alejar a los muertos, aferrándote al gris resignado, nada para la memoria, suma de años idénticos a

sí mismos hasta que llegó casi sin notarlo la fecha de tu jubilación. Se ahogaban los ojos en tanta letra diminuta, demasiados errores en los últimos tiempos, y la humedad y el polvo habían terminado por romper tus pulmones.

El último día te despediste entre algunos aplausos tímidos y el regalo de un reloj, un maldito reloj, como desagravio. Entonces, ya a solas, volviste a estar donde siempre. Sin un centavo en los bolsillos y deseando tu viaje final, oyendo los ecos de pregoneros ambulantes desde el portal del asilo de ancianos, recibiendo en tu sillón el elogio maternal de las enfermeras por tu buen comportamiento.

Ayer hubo una función de bailarinas y te regodeaste en sus posturas zalameras, pensando en tu vida absurda y deseando el tiempo de vuelta. Luego vino la tristeza a clavarse como espada en cierta concavidad del pecho. Primer aviso. Comprendiste que muy pronto atravesarías la puerta a lo desconocido y sonreíste. Por fin ibas a dar tu viaje tan largamente deseado, por fin se borrarían todas tus dudas. ¿Cielo?, ¿Infierno?, ¿La Nada?, ¿Reencarnación?, ¿Vida informática?, ¿Vibración energética?, ¿En cuál creer? Todo final es una pregunta.

Y hoy es el final. Nada lo motivó, ninguna tristeza, ningún susto o enojo, solo el deseo. Al principio fue el corrientazo ya conocido, el dolor que paraliza el lado izquierdo del cuerpo. Luego tu cáscara biológica vista desde arriba, más tarde el túnel de luz y por fin el júbilo de atravesar la puerta, el recuento de milisegundos donde tu mente recorrió cada detalle de tu vida, cada recuerdo intenso o mediocre,

glorioso o miserable, las traiciones de esos segundos sin regreso, precisamente, este recuento.

¿No querías saber? Pues ya estás aquí. Vamos. De todas formas ya lo estabas adivinando. Yo soy la Muerte.



Raúl Aguiar (C. Habana, 1962)

Escritor. Licenciado en Geografía por la Universidad de la Habana. Actualmente trabaja como profesor de técnicas narrativas para jóvenes escritores en el Centro de formación literaria “Onelio Jorge Cardoso”.

Ha publicado *La hora fantasma de cada cual*, (novela), Premio David 1989, Editorial Unión, 1994; *Mata* (novela corta), Premio Pinos Nuevos 1994, Editorial Letras Cubanas, 1995; Editorial Unicornio, 2004), *Daleth*, (cuentos), Premio Luis Rogelio

Nogueras 1993, Editorial Extramuros, 1995 y *Realidad virtual y cultura ciberpunk*, Premio Abril 1994, Editorial Abril, 1995 y *La estrella bocarriba* (novela), Editorial Letras Cubanas, 2001 y *Figuras* (cuento), Premio iberoamericano de cuento Julio Cortázar 2003, Editorial Letras Cubanas 2003.

También cuentos suyos han aparecido en numerosas antologías de Cuba y el extranjero como *Los últimos serán los primeros*, *Recurso extremo*, *Contactos*, *Fábula de Ángeles*, *El ánfora del diablo* (México), *Anuario de la UNEAC 1994*, *El cuerpo inmortal* (*Cuentos eróticos cubanos*), *Toda esa gente solitaria* (*Cuentos cubanos sobre el Sida*) (España), *Aire de Luz*, *Polvo en el viento* (Argentina) y otras, así como relatos, reseñas sobre libros, artículos y ensayos literarios en las revistas *Muchacha*, *la Gaceta de Cuba*, *Casa de las Américas*, *Letras Cubanas*, *Juventud Técnica*, *Revista del libro cubano*, *Exégesis* (Puerto Rico), *Camión de ruta* (Perú) y otras. Ha impartido numerosas charlas y conferencias sobre literatura cubana actual en diversos eventos y congresos artístico-literarios. Es miembro de la Unión de escritores y artistas de Cuba (UNEAC)..

Un simple drama de miseria

Ricardo Alvarez Morel

El dolor era tan profundo como los recuerdos. Casi más dulce que ellos y con la hegemonía de la identidad.

Entornó los párpados y se dejó arrastrar por un río de melancolía melosa y aglutinada. El tiempo había pulverizado sus ilusiones primeras, donde los miedos de la inocencia resultaban un ajado pergamino de escaso valor. El valor rubricante de los días de esplendor que ahora se amarilleaban en los pensamientos.

Quizás su error fue permanecer arraigada a las paredes que colonizaron sus antepasados; fiel a esos muros con molduras jónicas y gris intenso. Toda su vigencia de existir estaba perpetuada en los amplios patios y en el ilustre acabado del salón principal.

Tantas vivencias y... ¡Ay!. La punzada resultó más acuciante. El final se acercaba inexorable con sus torpes pasos de agonía abominable.

Avanzó con los recuerdos para anestesiar el sufrir físico, aunque

ello significara un penar del espíritu. Por el cielo de la mente se deslizó la gallardía pícaro de quien fuera su compañero. Aquel que paciente-mente la conquistó con sus ojos claros y los bigotes enhiestos.

El gemido pretendió escapar por encima de los pulmones oprimidos. ¡La muerte no siempre llega en los momentos justos!. Y la lágrima del pasado rodó hasta su piso bendecido. Después y más allá de aquel, el engordar de su vientre y el parir de los hijos...Todo era ausencia. Sistemática soledad con ebriedad de sombras lujuriosas que se abatían sobre su cuerpo inmolado.

La nada o el todo debían estar próximos. Ya no sentía el desgarrar de las entrañas, ni siquiera la miseria a que había sido sometida le parecía importante. Era el mismo costumbramiento que la resignó cuando vio desaparecer a cada integrante de aquello que fue su familia.

Se fue adormeciendo recordando las otras veladas, cuando los manjares satisfacían los paladares más refinados, mientras las luces se regodeaban con las siluetas de tantos invitados. No obstante, aquello pertenecía al horizonte del ayer, mientras que hoy, la vetusta mansión estaba invadida por la malquistada suerte de dos paupérrimos jubilados.

Se intensificó el dolor y un fuego incontrolable le masticó las vísceras. El grito se silenció en una contracción y sin un último llanto, expiró.

Al llegar la mañana siguiente, Juan la descubrió. Le palpó el cuerpo

con su viejo bastón de caña y exclamó: -¡Luisa, ven pronto, así comprobas que tenía razón!-

Luisa se acercó enjugándose las arrugadas manos con un gasstado delantal de color indefinido y abrió enormes los ojos cual dos globos de asombro, mientras un círculo de sorpresa se tallaba en sus labios.

Juan le cubrió los hombros con uno de sus brazos y casi riendo volvió a hablarle: -¿Viste Vieja, que las tramperas sin queso también funcionan? ¡Y si no, que lo diga esta rata!- y como al descuido continuó mordisqueando el último trozo de una cáscara de gruyere, en un orgulloso desayuno.



Ricardo Alvarez Morel

Nació el 27 de Agosto de 1948 en Capital Federal, Argentina. Es escritor y Profesor de Declamación, aprobado por la insigne Blanca de la Vega en 1996. Preside la Sociedad de Escritores de San Martín (SESAM). Ha dado recitales en el teatro General San Martín (1986); Casa de la provincia de La Pampa (1988); Club Español de la Capital Federal (1987); Casa de la provincia de San Luis (1992); Club Canario de Beccar (1995); Asociación Amigos de la provincia de Entre Ríos (1989); Sociedad Argentina de Escritores –SADE (1990 Y 1992); Teatro La Bodega del Café Tortoni (1986); presentación en Radio Nacional, Radio Buenos Aires, Canal 10 de la ciudad de Córdoba, Canal 4 de General San Martín; conductor del programa radial “Letras en clave”, por FM Radio Tradición (1997); conductor del Taller Literario del Club Italiano, en Capital Federal; ha sido jurado en diferentes concursos literarios a nivel local, provincial y nacional. Publicó las siguientes obras: “Divagando hasta la última carta” y “Las Verjas”, contando además con los trabajos inéditos “Más allá del después”, “Esencia de Romances”, “Mis huérfanos poemas”, “Odas Viscerales”, “Relatos de Muerte”, “Cuentos para leer con el café”, “Doce horas con el interrogante” y “La Biblioteca”. Ha recibido numerosos galardones de nivel nacional.

**Tucumán 2479. Dpto 2. General San Martín. Provincia de Buenos Aires.
República Argentina. (CP 1650) - Teléfono: 4753 – 2241**

En las puertas de Tánger

Moshe Benarroch

SIEMPRE espero que pase algo, siempre espero algo. Y cuando algo pasa, espero algo otro. Treinta años no estuve en Tetuán, no estuve allí. Siempre estaba allí, un allí eterno, un allí que no se acaba, una palabra del pasado, una palabra del olvido, una palabra de la memoria. Treinta años me escapé de este viaje. Alberto me contó que estuvo allí, dijo que se lo pasó muy bien, que cada minuto fue una maravilla. Pero otros, muchos otros, hablaron de la basura, y lo sucio que todo estaba, que toda la ciudad es una porquería, y que está “llena de moros”, como si nunca hubieran vivido moros allí. Y tal vez no estaban, tal vez no fueron parte de nuestra vida, a pesar de que vivían con nosotros, a nuestro lado, siempre fueron círculos tangentes que no penetraban nuestras vidas, eran universos paralelos, que nos aportaban nuestras necesidades, la Fátima que hacía los trabajos de casa, naranjas o pescados. Y nosotros éramos lo mismo para ellos, los que mueven la economía, los que dan trabajo. Nos añoran, preguntan por qué nos fuimos, si nos sen-

tíamos mal, y creo que no. No todos se sentían mal, pero algunos sí, como mamá y la abuela, en la ciudad, las mujeres sentían una incomodidad inmutable, hablaban de Israel como algo obligatorio, siempre las mujeres, las mujeres son las que decidieron irse a Israel, los hombres, como yo, preferimos algo mas conocido, Madrid, París. Quién tuvo razón, no sé, pero cuando llegué de visita a Israel en 1977 sentí que era demasiado tarde para mí, demasiado tarde para cambiar mi vida y dejar Madrid, dejar el olor de los calamares, las charlas alrededor de las tapas, era demasiado tarde, dije a mi padre, dije a mi madre, él lo entendió, ella no. Me quería a su lado, él hubiese preferido estar en otro sitio, en Palma de Mallorca, donde mi primo quería que viniese a dirigir un hotel, o comprar un hotel, o en Canadá. “Esto no es para nosotros,” me dijo mil veces, “Te entiendo, a lo mejor es para la próxima generación, los nietos, sí, a lo mejor para ellos será mejor, pero veo a tus hermanos, y a tu hermana, y ninguno de ellos se siente de verdad en su casa, a ninguno le va verdaderamente bien, ni tu hermano Isaque, que nunca fue muy convencional, está mejor en Nueva York.” No hubiese creído que estaríamos mejor en Nueva York, entiendo que estemos mejor en Madrid, o en París, o en Jerusalén, pero Nueva York, ¿no está eso muy lejos? Tal vez no, el sitio más lejano para alguien nacido en Marruecos es Jerusalén, ¿Te lo puedes creer?

Y esto lo dije en voz alta, sentado al lado de mi querida hermana, Silvia.

“¿Qué?”, dijo, “¿Qué me puedo creer?”

“No sé, no dejo de pensar, no dejo de pensar, qué quiere decir todo este viaje, qué sentido tiene, y qué buscamos, un hermano, un hermano del que no sabemos nada, a lo mejor buscamos un hermano muerto, a lo mejor ya se murió, la gente se muere joven como tú ya sabes. Treinta años son muchos años. Y en Marruecos con todas las drogas, vete a saber a cuantos matan”.

“Yo también pienso sin parar”.

Pedí un whisky a la azafata, una botella entera, vasos y hielo. Invité a todos. A pesar de que J&B no es el güisqui que más me gusta, a todos nos gusta el güisqui, y era una buena excusa para calmar la tensión.

1974. La familia se dispersó, unos a Jerusalén, y yo me quedé en Madrid para acabar los estudios de medicina. Después el sueño fue alejándose, la distancia entre nosotros se ensanchó, el lenguaje empezó a cambiar, su lenguaje, el mío, el lenguaje de mis hermanos. Hablaban de cosas que no entendía, que no podía entender, que no quería entender, discriminación, racismo, opresión, pero mi madre no quería ni oír de emigrar a otro país, a ningún sitio fuera de Jerusalén, muchas veces propuse que se vinieran a Madrid, aquí os las arreglareis bien, el dinero no es un problema.

Pero un año pasó y después otro año, una excusa y otra excusa, los hermanos más pequeños tendrían más problemas en adaptarse a Madrid que si hubiesen llegado directamente de Tetuán. Tienen nuevos amigos, decía mi madre, y hablan Hebreo, y eso es lo importante,

lo importante es que hablemos Hebreo. Tal vez en eso sí tenga, pero muchos amigos no tenían, eso si que lo sé, siempre lo supe. Muchos de los amigos están aquí en Madrid no sé por qué sigo pensando en todo esto. Tal vez para escaparme de mí mismo, de la situación en la que estoy, de la muerte de mi padre, del testamento extraño que nos dejó, Corro en mis pensamientos, y cada vez vuelvo a este hermano extraño, mi medio hermano ¿Qué le diré cuando lo encuentre, ¿Qué? Tal vez, simplemente nada. Soy yo el que debe hablar, el hijo mayor, tengo que empezar yo, aquí estás, Yosef, tú, hijo de mi padre, no sabía que mi padre tenía otro hijo, pero él sí se acordó de ti y te nombró en esa herencia, aquí, ves, firma, y recibirás cien mil dólares, tal vez un poco más, y eso es todo, somos hermanos, muchas gracias, estamos contentísimos de haberte encontrado pero no nos veremos nunca más. Recibirás un cheque de nuestro abogado, dentro de un mes o dos, hasta que arreglemos todos los formularios jurídicos, eso es todo.

Tal vez eso es lo que pase, y tal vez. ¿Qué? Me pondré a llorar, le diré que es el sustituto de Israel, el que nació en el medio de la guerra de los seis días y murió en la guerra del Líbano, fue el único israelí de la familia, amó la tierra y su lengua, el único y se murió en el Líbano, y ahora, tú, tú, Yosef, tú, Yosef eres mi hermano, lo entiendes, eres mi hermano, y ya está.

Así pasará todo, y tal vez no, nada, tal vez encontraremos su dirección y le enviaremos una carta, las cartas son más simples, es

más fácil, quien soy, tengo cuarenta y siete años, para qué necesito un hermano ahora, tengo ya un hijo, ¿para qué necesito un hermano?

“Eso es lo que todos nos preguntamos.” Dijo Silvia.

“Y entonces qué, y si buscáramos su dirección y le mandáramos una carta, si está de acuerdo nos enviará una carta de su abogado, si no, hemos hecho lo que nos pidió en el testamento, ¿no?...”

“No has pensado que tal vez papá quería que lo encontremos, que lo veamos, ¿No has pensado en eso?”

“¿Yo no sé lo que él quería? Papá esta muerto y no podemos preguntarle nada. O tal vez hablaste con él y te dijo algo sobre todo esto, estaba mas cerca de ti que de todos nosotros, y de Ruth, no de mí, no tanto de mí, habló de esto contigo”.

“No. Nunca. Nunca de una forma precisa, pero hay algunas frases que me dijo que tal vez tengan que ver con todo esto, o ahora tienen un significado nuevo, tal vez, tal vez lo imagino. Hace un año me dijo que si se muere antes de mamá, que nos ocupemos de ella, y insistió en que no hablaba de dinero, a veces me decía que dejó en Marruecos mucho más que dinero. Tenía frases raras que tal vez ahora toman un significado diferente”.

Llega la comida, Silvia pregunta si la comida es casher y la azafata de Iberia dice que en este vuelo todas las raciones son casher. Hay algo que hacer durante el vuelo. La comida en los aviones son más una ocupación que alimentación. Vienen a llenar las largas horas

sentados y sin nada que hacer. Pero los pensamientos no me dejan mientras intento con mis mejores cualidades abrir el paquete con la comida sin caer nada en mi ropa o en la de mi hermana, todavía queda un poco de güisqui, pero la comida falta de sabor de una forma exagerada, no son como los almuerzos en Air France a Nueva York, aquí nos llega de Nueva York, Isaque, nuestro homeópata, seguro que empezará a discutir conmigo otra vez sobre como enveneno a mis pacientes, pero la verdad es que cada vez doy menos antibiótica a mis enfermos, y menos medicamentos, ya entendí que el noventa por ciento de ellos lo que quieren es compartir conmigo sus problemas, más que curarse de sus enfermedades, a ellos tampoco les gustan mucho los medicamentos y mas de la mitad de estos llegan a la basura: Ser médico de familia es bastante agradable, hay más tiempo para hablar con el paciente, más que un médico generalista, y a veces se puede aprender los problemas de toda una familia, y en muchos casos eso es interesante. Él es el único que viajó a Tetuán desde que la dejamos, y dijo que el dinero no le es nada urgente, pero quería venir con nosotros, vernos de nuevo en nuestra ciudad. Y tiene razón, todos estos años nos escapamos de la ciudad, todos nos escapamos como si fuésemos la mujer de Lot y si nos atreviésemos a ver hacia atrás nos convertiríamos en una estatua de sal, de qué teníamos tanto miedo, de Madrid o de París, es sólo un vuelo de un par de horas, podía haber ido para un fin de semana, eso es lo que me pedía siempre mi mujer, entonces en los días que me amaba, mu-

chas veces me pidió que viajásemos un fin de semana, y mi respuesta siempre fue, qué tengo yo que buscar allí, podemos ir a París, a Nueva York, a Madeira, a Sri Lanka, a la India, a Madras, a Teherán, a cualquier sitio, a cualquier sitio y no a Marruecos, y no era sólo yo el que respondía así, era la respuesta de mi padre, de mi madre, de todos los hermanos, ¿qué se nos perdió allí? Todo, digo yo, todo se nos perdió allí.

“¿Te emociona volver a Tetuán?”

“No es que sea en las mejores condiciones. No sé, toda la vida me escapé de este momento, pero sabía que un día tenía que volver, cerrar un círculo, acabar ese capítulo. No pensé que pasaría así, que volvería a buscar un medio hermano del que no sé nada, no sé si es el momento más adecuado, pero por lo visto lo es, porque estamos viajando hacia allí, Tel Aviv Madrid Málaga, Tel Aviv Madrid Málaga.. El trayecto opuesto al de 1974, yo en esa época ya estaba en Madrid pero ya leí mil veces en los libros de Alberto sobre esa mañana que se despierta en Restinga y viaja a Ceuta. Como si hubiese estado allí. ¿Cómo lo recuerdas tú?”

“Yo estaba contenta. No olvides que fue después del golpe de estado fracasado de Ofkir, en esa época hubieron muchos intentos de matar al rey, y nosotros temíamos que si esto pasara, sería algo malísimo para nosotros. Fue un alivio. Recuerdo que desperté a Israel y le llevé en mis manos, medio echado, al coche, mamá llevaba a Ruth, mientras papá hablaba con el chofer, mientras el sol se levantaba

sobre el mar. Era impresionante. En la frontera estábamos un poco asustados, de que pasara algo, papá sobornó a un policía, todos dijimos que íbamos de vacaciones a Palma de Mallorca, al final llegamos a Palma de Mallorca hace dos años, papá, mamá, mi marido y yo, y también vino Ruth y su marido, lo pasamos bien, lástima que no viniste tú, fueron unas vacaciones fabulosas”.

De pronto se cayó, justo cuando pensaba que iba a darme muchos detalles, frases, recuerdos del viaje medio familiar, se silenció. En su cabeza las cosas están muy claras, la casa, el marido, los tres hijos, estabilidad francesa típica, todo es seguridad, las cremas dan seguridad, París, la *securité sociale*, la casa, los dos coches, el marido y su seguro de vida, los niños que irán a estudiar en una *école* de buena categoría, todo está bien arreglado, y yo lo que soy es un lío enorme, mi matrimonio es una locura. Nadie sabe nada de eso, nadie sabe lo que me pasa, y tal vez piensan que estoy dentro de un gran amor, un gran amor que no tiene fin. Y tal vez piensan que no necesito la herencia, que me basta con el dinero de mi mujer, y de mi trabajo de doctor, ¿me basta para qué? Para pagar la hipoteca de mi casa en la calle Pedro Teixeira, el coche grande, el ordenador de la niña, quien sabe para qué es suficiente qué, no es suficiente para crear felicidad, no es suficiente para recrear la sensación de calor de un día de Pascua, cuando volvemos de la sinagoga y sentimos el olor de los platos pascuales, la casa limpia, las mujeres vestidas con sus mejores vestidos, tal vez en ese entonces la vida tenía significado, tal vez sólo en

ese momento, pero qué sé yo de lo que pensaban mis padres, sobre qué soñaban, tal vez ellos tampoco sabían de donde iban a tener dinero para llegar a fin de mes, o que no saldrían de la ciudad a tiempo y matasen al rey y todo se derrumbase. Para mí, con mis diez años, eso me parecía lo más seguro del mundo, lo más claro, nunca oí a mi madre preocuparse por dinero, como mi mujer, y tenemos más que lo que tenían ellos en esa época, y tenemos medicina social y médicos privados, y todos los seguros del mundo, y no nos basta, no estamos contentos, tiene que ir a la peluquería más cara, a las tiendas más caras, no sé a donde, sólo veo como cada mes pagamos más a las cartas de crédito y no puedo decir nada, es también su dinero.

La casa no es un sitio seguro, no es segura como parecía antes, era el símbolo de la seguridad, como el símbolo de la libertad, el sitio al que siempre se puede volver cuando los cielos se llenan de truenos, más dinero igual a menos seguridad, más facilidades, más servicios evidentes, agrandan el miedo de perderlos. A lo mejor me abraza, quiero que mi hermana me abrace porque no la abrazo yo, por qué no, simplemente poner mis manos alrededor de ella, seguramente sonreirá, se pondrá contenta, pero no puedo, no puedo abrazar, no puedo dar amor. Sonrió, mi hermana, quiero decir, mi hermana, dónde está el amor que amamos cuando éramos niños, los abrazos que nos abrazamos, las discusiones que discutimos, los paseos que paseamos, dónde estamos, por qué estamos tan lejos, Jerusalén, París, Madrid, Nueva York, dispersos en medio globo, quinientos años

nuestra familia vivió en el mismo sitio, en dos kilómetros cuadrados, íbamos de casa en casa, pero en el mismo sitio durante quinientos años, y ahora estamos a cinco mil kilómetros de distancia, el mundo tal vez se ha hecho mas chico, se puede visitar pero estamos lejos, quiero venir a ti a llorar y hablar de mi mujer, contarte lo difícil que es, pero no puedo subir en un avión para eso. Allí también cuando todos estaban cerca no se podía hablar de los dolores, tanto se convirtió en olvido, la gente no hablaba en esos tiempos, olvidaban y se acabó.

Nos encontramos en bodas y en entierros, en circuncisiones, unas vacaciones de unos cuantos días, y todos intentamos estar contentos, intentamos no hablar de los problemas, las vidas separadas, las distancias, las distancias que se acentúan cada vez que volvemos a vernos, porque entonces, entonces, vemos como cada uno ha tomado un camino diferente, cada uno ha ido a una lengua diferente, cultura diferente, Alberto empezará a hablarme de los problemas con los ashkenazim, seguramente tendrá razón pero y qué sabré yo de eso, tú me hablarás de tu perro enfermo, y Isaque de homeopatía, y Ruth, de qué puedo hablar con ella, de su próximo hijo, treinta años y seis hijos, qué hace todo el tiempo, niños, niños, nada más que niños y su marido estudia en una yeshiva de Shas y hace niños. Viven un poco del dinero de la familia, subvenciones sociales, y hacen más y más niños, de qué puedo hablar con ella, sobre qué, sobre las faldas de mi mujer que cada una de ella cuesta como todo lo que gasta en un mes, un mundo al revés, un mundo extraño, cuando la vi antes del

entierro, hace cinco años, y ahora no puede venir con nosotros, claro, está en el octavo mes, no puede subir en un avión, ella necesita el dinero más que nosotros y más rápido que todos, y Israel que se murió, se murió del todo, sin tener hijos, se murió y se fue.

Con él puedo hablar, para eso no necesito palabras, ni siquiera pensamientos. Morir para la patria, muerte con sentido, es una muerte que tiene sentido.

Se acabó la comida, devuelvo los cubiertos, veo a los que tienen miedo de los vuelos, algunos de ellos se sentaban antes en la zona de fumadores y fumaban durante todo el vuelo, ahora sólo pueden moverse, ir de un lado al otro, sudar.

La azafata nos da una sonrisa forzada, símbolo comercial de Iberia; nunca he podido entender cómo puede ser que el pueblo que mejor sabe reírse naturalmente ha dado al mundo azafatas que sólo pueden forzarse a reír, de vuelo en vuelo me sorprende más, y lo peor son los vuelos interiores. Sería interesante saber quién las elige.



Moshe Benarroch

Nació en Tetuán, Marruecos, en 1959. A los trece años emigra con sus padres a Israel y desde entonces vive en Jerusalén. Empieza a escribir poesía a los quince años, en inglés y después en hebreo. Publica sus primeros poemas en 1979. En los '80 forma parte de varios grupos de vanguardia y edita la revista Marot. Su primer libro en hebreo aparece en 1994, "Coplas del inmigrante". Publica también dos libros de cuentos, varios libros de poemas en hebreo, inglés y español, y tres novelas. Sus poemas han sido publicados en numerosas revistas en inglés, francés, hebreo, español, portugués, alemán, gallego, urdu y chino. En 2005 la editorial "Libros del Consuelo" publica su novela "Lucena" (traducida del hebreo por Roser Lluch Oms).

moben@012.net.il

<http://www.authorsden.com/moshebenarroch>

El hombre que se propuso ser rico

Andrés Casanova

John

Cliftord Taire fue uno de los mejores boxeadores de su tiempo. De pequeño trompeaba a sus compañeros de aula y siempre se le veía dispuesto para los golpes —darlos o recibirlos— de suerte que llegó a ser considerado por los maestros como un *mal chico* y lo trataban siempre a distancia, amenazándole con expulsarlo de la escuela y enviarlo al reformatorio de menores.

Entre los suyos pasaba hambre. Eran doce hermanos que vivían en una pequeña casa de un barrio marginal en Bradwerd Hill y el tiempo libre lo pasaba lejos del hogar, huyendo de un ambiente de borracheras —el padre acostumbraba beber directamente de la botella y al segundo trago se volvía violento— y de ofensas —la madre participaba de las *curdas* en igualdad de condiciones, respondiendo cada amenaza del marido con agresiones físicas—. La libertad en que vivía lo llevó a formarse como un ser independiente de la familia.

Este vagabundear por las sucias calles de Bradwerd Hill pateando

latas vacías y enfrentándose con los puños a otros mataperros como él, lo condujo una mañana fría de diciembre frente a las puertas del Manager Garden, academia boxística recién abierta por un campeón retirado que buscaba muchachos musculosos y dispuestos a probar suerte contra las desgracias de la vida —la falta de buena comida diaria y un techo donde refugiarse— con sus propias fuerzas, a golpes.

John se aficionó a pegar los ojos en los cristales del Manager Garden mirando hacia adentro sin poder ocultar la tristeza. La nariz se le deformaba de tanto aprisionarla contra la lisa superficie de vidrio y seguía con sumo interés los entrenamientos que tenían lugar encima del cuadrilátero formado por sogas sujetas en postes de hierro. Se consideraba capaz de resistir mayor cantidad de golpes que aquel moreno que pidió al entrenador detener la pelea; creía tener mayor fuerza en la pegada que este fortachón sudoroso, cansado, que rogaba un poco de agua agitando sus largos brazos. Se sentía en condiciones de convertirse en un vencedor.

Durante las vacaciones escolares, John Cliftord Taire no se perdió una sola sesión de entrenamiento del Manager Garden. Mientras miraba hacia adentro por los cristales su mente trabajaba pensando en la manera de acercarse a Mr. Brooks, viejo campeón de los pesos completos en los estados sureños, hombre bastante huidizo e inabordable.

Hasta que una tarde Mr. Brooks necesitó salir a la calle en

medio del entrenamiento y entonces reparó en el rapazuelo de bíceps musculosos que había seguido sus pasos desde el momento mismo que empezó a alejarse del ayudante encargado de continuar el trabajo con los boxeadores durante su ausencia hasta el instante que el portero, un anciano canoso de mirada adúlona, le franqueó la salida con zalemas de respeto.

—¿A quién esperas? —indagó Mr. Brooks casi con violencia apriñando el hombro del muchacho. Este lo veía de cerca por vez primera y se estremeció. Se trataba de un gigante, con la nariz y las orejas deformadas como todo boxeador.

—Señor —trató de no titubear John Cliftord Taire; si causaba una mala impresión al manager del Garden sus sueños de grandeza explotarían como un globo—, quiero aprender a pelear.

Mr. Brooks no contestó de inmediato. Estuvo contemplando al muchacho con calma como si se tratara de un perro de raza. Una de sus manos se movió hacia la zona de la cabeza, amenazando con abrirle la boca y valorar la calidad de sus dientes, la fortaleza del mentón y la capacidad para esquivar un bofetón suyo. Al parecer, desistió a última hora, porque llevó la mano de nuevo hacia atrás y la introdujo en uno de sus bolsillos.

—¿Tus padres te autorizan?

—No tengo padres.

—¿De qué vives?

—De la seguridad social y la caridad ajena —mintió el jovencito.

El boxeador, quien había logrado la victoria en casi un millar de peleas, hizo un breve silencio. Estuvo a punto de sentir lástima y conmiseración; sin embargo, le dio un manotazo a sus sentimiento.

—¿Sabes que este oficio requiere de hombres bien *machos*?

—Lo he aprendido durante los seis meses que llevo mirándolo a usted trabajar desde aquí afuera.

El viejo campeón quedó sorprendido. En sus tiempos de boxeador activo ningún fanático le había hablado con tanta admiración.

—Entra y espérame. Te voy a ofrecer una oportunidad —fue lapidario Mr. Brooks dándole la espalda.

Corría la terrible depresión de los años treinta aunque John Cliftord Taire no era consciente de ella debido a su edad: a los quince años la vida se la mira desde el ángulo del optimismo y no se piensa en la derrota ni en las dificultades. Había abandonado por voluntad propia los estudios considerando que las matemáticas y otras ciencias no le servirían para enfrentarse al mundo; odiaba a los maestros porque sólo pretendían formar ovejas aptas para las manadas y a sus padres que sólo se ocupaban de emborracharse. Día tras día, salía a recorrer las entonces empedradas calles de Bradwerd Hill en un trote que comenzaba siendo suave y al cabo de las dos horas se convertía en carrera desenfrenada. Terminada esta primera parte del entrenamiento, el jovenzuelo tomaba un frugal desayuno junto a los restantes pupilos y comenzaba la sesión técnica. Mr. Brooks, un negro de estatura monumental y sonrisa cínica, insis-

tía con suma brevedad en sus conceptos pugilísticos.

—Los golpes bajos hay que saber colocarlos —decía—. Deben ser tan precisos que el árbitro no los descubra. Porque tienen que aprender que resultan necesarios para ablandar al contrario.

Durante los combates de entrenamiento, demandaba:

—¡Acción! ¡Quiero acción y no amagos!

Al finalizar, Mr. Brooks se retiraba sin hablar con ninguno de los alumnos. Cada día eliminaba uno o dos por considerarlos unos incapaces y esto le granjeaba enemistades que dañaban su tranquilidad. Se refugiaba dentro de sí mismo, volviéndose impenetrable. John Cliftord Taire intentaba abordarlo, hacérsele simpático para ganar su buena voluntad y convertirse en su amigo.

Hasta que una tarde de otoño la suerte le recompensó tanta perseverancia.

—Johnny —trató de dulcificar Mr. Brooks su habitual carácter distante—, ven a mi oficina.

Dentro del pequeño local se estaba distinto que en el terreno de carreras y el cuadrilátero limitado por sogas. Aquí Mr. Brooks se permitía sonreír.

—Muchacho, eres el mejor alumno que he tenido nunca.

John Cliftord Taire sintió que una cálida corriente recorría todo su cuerpo. Estaba eufórico, orgulloso de haber llamado al fin la atención de Mr. Brooks.

—Y te propongo que trabajes conmigo.

El joven creyó que iba a caerse por el mareo que le producía la emoción. Nunca antes se había sentido tan dichoso.

—Desde luego, sabes que aborrezco a los *flojos* y si te *ablandas* tendrás que largarte para siempre.

El viejo campeón no había llamado al joven para escuchar sus opiniones. Dio por terminada la entrevista señalando hacia la puerta.

—Mañana tomas el día libre y el sábado te corresponden los cuatro primeros turnos de trabajo.

Por diez dólares semanales estaba obligado a servir de acompañante dentro del cuadrilátero de los boxeadores experimentados y maduros, soportando sus golpes de entrenamiento sin proferir queja alguna ni ripostarlos.

Al año siguiente ya Taire no sentía el rigor de su trabajo y hasta se permitía emplear parte del tiempo libre en entrenarse él mismo como boxeador. Porque se había propuesto convertirse en un campeón. En un triunfador.

La muerte se encargó de brindarle una nueva oportunidad a John Cliftord Taire para que lograra ver realizados sus sueños. Sueños no tanto de llegar a ser una personalidad pública, de alcanzar fama, como de tener dinero en abundancia. Era una época de crisis caracterizada por el elevado valor de un simple billete de cinco dólares que tiempos atrás se tomaba hasta para prender cigarrillos.

Mr. Brooks lo hizo entrar a su oficina como otras veces.

—Ayer murió en un accidente de la carretera nacional Osmar Cuevas Montero. ¿Lo sabías ya?

Cuevas Montero, un chicano que en doscientas peleas sólo había perdido seis, era el mejor pupilo de Mr. Brooks. Pero ni aun así el viejo entrenador se dejaba vencer por la tristeza. Se lamentaba de no tener a nadie en condiciones de enfrentarse el siguiente sábado a Kid Manos de Hierro, campeón de Alabama. El que lo derrotara tendría derecho a convertirse en su retador.

—¿Te atreverías a batirte con él? —le preguntó con sorna Mr. Brooks lanzando un escupitajo contra la superficie reluciente del piso—. Estás haciendo justamente su peso y los golpes de tu puño izquierdo podrían enterrarlo en la arena en el primer asalto de la pelea.

—Usted sabe que estoy cansado de recibir sin dar —le dijo en tono ambiguo el jovenzuelo, como si en realidad hablara en sentido filosófico y no sobre un asunto tan terrenal como liarse a trompadas.

—Si te *ablandas* el sábado frente a Manos de Hierro —sentenció Mr. Brooks, dando por sentado que las palabras de John eran una respuesta afirmativa a su pregunta— no vuelvas más por aquí. Ahora toma estos diez dólares que te regalo y pégate un buen almuerzo en el Nano's bar. Mañana empezaré contigo una sesión especial de entrenamiento. Considera que hemos firmado un contrato para que le ganes la pelea a Kid Manos de Hierro. Y no olvides lo que te he dicho sobre los que firman contrato conmigo: o salen vencedores o se entierran en la mierda.

La victoria de John Clifford Taire frente a un boxeador tan agresivo como Manos de Hierro, luego de diez rounds de golpes inmisericordes de ambas partes, lo convirtió en el boxeador más importante del Manager Garden. Ahora era el protegido de Mr. Brooks, su amigo personal incluso, y ganaba treinta dólares semanales. Dejó de ser acompañante encima del cuadrilátero: ahora él mismo tenía acompañantes, muchachos necesitados de dinero que se dejaban aporrear gustosos por él a cambio de la paga semanal.

Los triunfos fueron modificando su carácter.

—Conmigo no hay quien pueda —acostumbraba decir cuando se hacía servir un almuerzo de potentado en el Nano's bar.

Ya no era el tímido muchacho de antes, sino el típico triunfador norteamericano, el jactancioso retador de Manos de Hierro que se preparaba para la gran pelea dentro de dos meses.

—El que me aguante un minuto encima del ring sufre un infarto — se jactaba en los momentos de descanso.

Más de un boxeador del Manager Garden cayó en la trampa de dejarse triturar los dientes sin sentido porque realmente nadie podía soportar sus golpes.

Hasta que llegó el día del combate que lo puso en camino de convertirse en el campeón de Alabama. Meses después lo fue de todos los estados sureños. Y más tarde el campeón de la Unión Americana. Hasta que comenzó a viajar por otros países, aumentando de manera paulatina la cifra acumulada en su cuenta corriente

del City National First Bank.

En 1934 derrotó al campeón mundial Jerry Simpson en memorable pelea celebrada en el Austin Best Garden, gracias a lo cual ingresó un millón de dólares en el banco luego de haber liquidado los impuestos al fisco. Desde entonces su rostro empezó a salir fotografiado en todos los periódicos y su fama atravesó la frontera de los Estados Unidos llegando a los pequeños países del Caribe, el resto de América y Europa. En Italia lo vieron pulverizar en tres asaltos a Bibi Garrini, el ídolo siciliano. Madrid sufrió la amargura de contemplar un triste espectáculo: Antonio Fernández Paz, campeón nacional, no resistió un minuto de pelea.

Cuba, Argentina, Portugal, Colombia, Francia... expusieron sus mejores pesos completos al joven e imbatible Kid Puño Asesino, como era conocido ahora John Clifford Taire en el mundo del pugilismo. El resultado de tales combates era siempre el mismo: nadie podía derrotarle.

Una mañana calurosa de agosto del año 36 Kid Puño Asesino se levantó temprano como de costumbre. Un criado ayudó a vestirlo y la mucama le trajo la taza de té helado que siempre bebía antes de iniciar el entrenamiento.

Salió a tomar el aire mañanero. Ya dentro del jardín de rosas francesas respiró altanero y satisfecho.

—Soy rico —comentó en voz no muy alta—. Enormemente rico. ¿Qué más puedo desear?

Hizo una mueca de disgusto.

—Claro que me falta algo: derrotar a Müller, el maldito alemán, el último de mis contrincantes. Al único que no he puesto todavía a comer arena con su sucia boca. Sólo cuando lo logre, podré decirme a mí mismo que soy el campeón del mundo.

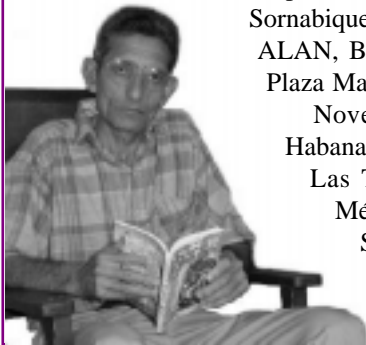
Cuando se disponía a iniciar la carrera alrededor del inmenso jardín por una pista preparada especialmente para él, entreabrió la boca como en busca del aire que le faltaba. Agitó los brazos tratando de llamar la atención de sus criados pero no logró articular ninguna palabra.

Sólo tuvo tiempo de saber que algo había explotado dentro de su pecho.

Andrés Casanova (Las Tunas, Cuba, 1949)

Narrador, poeta y crítico literario. Escritor de libretos radiales dramatizados. Miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Fue seleccionado al premio artístico-literario Catania Duomo 1995 auspiciado por la Academia Ferdinanda de Ciencias, Letras y Artes con sede en Italia. Miembro del Consejo de Consultores del Instituto Biográfico Americano con sede en Carolina del Norte, Estados Unidos.

Le fue entregada la réplica de la pluma de El Cucalambé, símbolo de la UNEAC en Las Tunas (2001) en reconocimiento a trayectoria literaria. Concluyó recientemente junto con el escritor español Ricard Reig la novela **El almirante Cervera en el mar de Santiago**. De manera individual escribe la novela **A los pies del ángel**, la tercera de una serie que ha titulado **Cuba, tan alegre como su sol**. Textos suyos han sido publicados en revistas literarias de varios países y está antologado en *Poesía Cubana Hoy*, Editorial Grupo Cero, Madrid, 1995; *Cuaderno de poesía*, Editorial Sornabique, Béjar, España, 1996; *A través del tiempo*, Ediciones ALAN, Barcelona, España, 1996; *De Cuba te cuento*, Editorial Plaza Mayor, Puerto Rico, 2002. Reside en Las Tunas, Cuba.



Novelas publicadas: *Hoy es lunes*, Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 1995; *Tormenta tropical de verano*, Sanlope, Las Tunas, Cuba, 2000; segunda edición por Coyoacán, México, 2003; *Las trágicas pasiones de Cándida Moreno*, Sanlope, Las Tunas, Cuba, 2001; *La jaula de los goces*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2001; *Las nubes de algodón*, Sanlope, Las Tunas, Cuba, 2005.

Detrás de la sábana

Mariano Cognigni

— ¡No está! -decía mi mamá y su hermoso rostro desaparecía detrás de la sábana aunque quedaban sus manos sosteniendo la tela.

Pero entonces yo era sólo una pequeña bebé y no entendía que aquellos dedos eran una señal inequívoca de que ella aún estaba allí. Cuando su cara asomaba nuevamente detrás del telón con un sorprendente “¡Acá tá!”, yo lanzaba al aire una feliz carcajada mostrando mis pocos dientes de leche y moviendo con total efusividad e incoordinación mis piernas y mis brazos, moviéndolos con todo el vigor de la alegría descontrolada que me poseía.

Después de muchos años he vuelto a ver aquellas filmaciones caseras, unas películas desenfocadas y rayadas de un encuadre inquieto, ansioso; unos mudos fotogramas de nuestro pasado que titilan en la pared abriendo una ventana por donde espiar a quienes fuimos un día.

Luego de casi cinco décadas aún recuerdo todo claramente,

recuerdo que una vez mamá permaneció tras el blanco manto unos segundos más de lo habitual, pocos, pero suficientes para que yo pasara de la expectativa ansiosa a la preocupación, al temor de haberla perdido. En seguida se borró de mi boca la risotada que tenía contenida; la piel de mi pera se arrugó y se me nubló la vista mientras oteaba inútilmente el aire del cuarto en busca de su rostro, por fin una congoja en el alma me obligó a romper en un llanto desconsolado.

Es que, luego lo comprendí, el juego consiste justamente en eso, en un miedo controlado, en un peligro que no es tal, que sólo simula serlo. Las hamacas amagan lanzarte al cielo, sin embargo siguen tan unidas a la tierra como antes; se ha perdido tu madre pero en seguida la descubris en el mismo lugar de siempre, escondida adentro del placard; parece que papá te come la panza pero sin embargo no es así, sólo te hace reír con su crunch crunch; empezás a sospechar que mamá se ha ido de tu lado pero vuelve de atrás de la sábana, creés que papá te va a dejar caer pero una vez más te sujeta firmemente entre sus brazos, entre sus fuertes y nobles brazos que han de mantenerte por siempre a salvo de todo y de todos.

Después el tiempo decoloró las filmaciones y desgajó las hojas del calendario con su viento infrenable. Yo me fui tras el amor de mi vida arrastrada por el ciclón de la juventud que me poseyó. Ustedes, mis padres juguetones, me vieron iniciar mi propia historia y de a poco se fueron diluyendo de esta existencia terrenal, fueron atrave-

sando el umbral de la presencia corpórea, empujados a penas por la brisa lenta pero constante de la vejez.

El amor de mi vida un día se marchó, de repente; se marchó flameando tras el aire de rosas frescas de una muchacha fresca, y a mí me dejó con una ventisca helada en el alma marchita, una ventisca helada llamada desamor.

Mi mundo de ensueños se transformó en una pesadilla; mi historia a medias quedó a medias, mi proyecto de un futuro colorido se hizo un presente de desconcierto sepia.

A veces, por las noches, un vendaval de soledad me envuelve. Me siento en la cama, recojo mis piernas y me las abrazo; luego apoyo mi frente en las rodillas y ciño los brazos con mas fuerza, deseando que fuesen los tuyos, papá. Pero no lo son. Y me siento más sola aún, cayendo desamparada y con miedo en este vacío del tiempo. Papá, mamá, los necesito, ha pasado mucho tiempo, ¿Dónde están?, vuelvan ya, aparezcan de atrás de la sábana.



Mariano Cognigni

Nació en la ciudad de Córdoba, Argentina en 1960. Se crió en un ambiente cultural y de vanguardia. Estudió biología y ejerció diversos oficios y ocupaciones. Se abstuvo por siempre de cualquier producción artística, hasta que un escritor y periodista local lo alentó en el año 2003 a iniciarse en la literatura luego de leer al aire unas breves colaboraciones que le enviara anónimamente. Hasta la fecha ha publicado por Internet cuentos breves con diversos seudónimos, ha participado de concursos literarios y la más importante editorial de la provincia evalúa la edición de una de su novelas y una recopilación de cuentos breves.

Las diez muertes de Perseo Ruiz

Jesús Cotta Lobatto

Cuando Perseo Ruiz se vio de nuevo en aquel bosque, se dio cuenta de que la historia se repetía, que a sus pies se abría otra vez la tierra y los muertos sacaban sus cabezas y se limpiaban la tierra de los ojos para llenárselos de estrellas. Una silenciosa multitud de hombres polvorientos se encaminaba hacia una luz remota. Perseo creyó oír a lo lejos los clarines del Apocalipsis y huyó de aquella luz a la ciudad.

- En casa debe de estar Lucía esperándome –se decía para darse ánimos.

Pero la ciudad estaba desierta y las calles conducían a todas las calles, menos a la suya.

- He visto demasiadas películas –murmuró-. En cualquier momento dirán: ¡Corten!

Tiritando de frío, se sentó en un banco, se restregó los ojos y se vio a sí mismo, en la pantalla de un cine, tiritando en ese mismo banco, hasta que la palabra FIN acaparó toda la pantalla y, tras un aplauso ensordecedor, se encendieron todas las luces. El director, el pro-

ductor, las actrices lo rodeaban y, deslumbrado por los fogonazos de las cámaras fotográficas, Perseo recibió enhorabuenas y parabienes por su actuación en el estreno de su décima película. Salió de allí como en una nube y lo llevaron a un lujoso restaurante, donde comió y bebió rodeado de mujeres muy hermosas, pero ninguna era Lucía.

- Creo que el vino se me ha subido a la cabeza —dijo a la séptima copa. Y cayó en redondo sobre su propio plato, pero con los ojos muy abiertos y fijos en la extensión de un océano, de donde emergió de pronto el lomo de una ballena azul. Y ante aquel espectáculo Perseo tensó el brazo y lanzó su arpón contra ella; y los marineros lanzaron al unísono un grito viril de aclamación. Una voz muy suave, desde el cielo, dijo: “Ha ganado diez puntos. Puede elegir ahora nuevas armas”. Perseo se sintió defraudado: toda la potencia de su brazo, aquel barco, los marineros aclamándolo como a un héroe, no eran más que un fuego fatuo y virtual en la pantalla de un monitor. Y entonces, airado con el Gran Jugador, con el Gran Ordenador que lo había creado, arrojó un arpón contra aquel cielo azul y falso y el arpón se convirtió en una estrella fugaz y se oyó un chisporroteo.

- Vaya, se ha ido la luz —farfulló Perseo.

Se encontraba frente al ordenador, tecleando en vano. Eran las cinco de la madrugada. Llevaba ya más de cinco horas seguidas jugando para batir el récord de los Arponeros de la Red.

- Espero que con la vida no ocurra lo mismo que con esto.

Y se dirigió al dormitorio, en busca de Lucía. Pero ni estaba allí

Lucía ni aquello era su dormitorio, sino una especie de oficina, presidida por un hombre con gafas y bata blanca.

- ¿Cómo se encuentra usted hoy? –preguntó el doctor.

- Bien –mintió Perseo, perplejo-. ¿Dónde estoy?

El doctor se quitó las gafas.

- Ya le he dicho que no soy el doctor. Y no me venga siempre con la misma pregunta. ¿De veras no recuerda usted dónde está?

- No sé quién soy, estoy perdiendo la memoria.

- ¿Y qué me dice de este libro: *Las diez muertes de Perseo Ruiz*? –dijo el doctor poniéndolo sobre la mesa-. Y ya le he dicho que no soy el doctor.

Perseo abrió el libro con aprensión.

- Quizá yo sea el que en algún lugar está leyendo ahora mismo este libro, el que lo tiene entre sus manos como ahora mismo lo tengo yo; y todo lo que le pase al protagonista quizá me esté pasando a mí y no sé si debo seguir leyendo por si muero en la última página.

- Ha empeorado usted mucho. Lo lamento, pero lo voy a tener que hipnotizar.

Y de pronto, tal como sucedía en el libro, la silla en que Perseo estaba sentado se plegó automáticamente y lo dejó tendido y atado con correas. Y el techo se abrió de pronto y de él salieron las pinzas de una máquina abominable que le abrieron sin contemplaciones el estómago, donde había, en vez de carne y sangre, cables y circuitos.

- Disfunción en el programa de memoria –dijo una voz- Hay que

desactivarlo.

Perseo trató de oponerse, pero de pronto se hizo una oscuridad total.

- ¡Perseo, Perseo! —dijo una voz dulce de mujer- ¿recuerda usted lo último que ha hecho?

Perseo abrió los ojos y se encontró en una sala de hospital ante una enfermera muy bella.

- ¡Lucía! —exclamó incrédulo-. Llevo días buscándote.

- ¿Cómo sabe usted mi nombre?

- Pues por lo mismo que sabes tú el mío.

La enfermera sonrió.

- Bueno, ¿no es usted Perseo Ruiz, el famoso actor? De eso lo conozco. Oh, pero no lllore usted, por favor. Aquí se encontrará bien, aquí no sufrirá ningún dolor.

- ¿Dónde estoy?

- Bueno, ha sufrido usted un ataque al corazón en un restaurante y después se ha muerto. Estábamos esperando que usted despertara para seguir con el proceso habitual en estos casos. ¿Está usted preparado?

- Entonces, ¿esto no es un hospital?

- Me temo que no, señor.

- ¿Y qué tengo que hacer?

- Tan sólo dormir.

Perseo confió en aquella mujer; cerró los ojos un instante y al

instante despertó en su propia cama, en su propia casa.

- He tenido un sueño, Lucía –dijo buscándola en la oscuridad.

Pero Lucía no estaba a su lado. No había nadie en la casa. Bajó, pues, al sótano por si estaba allí pintando como solía, pero las escaleras del sótano eran interminables, lo conducían a los abismos de la tierra. Y cuando quiso regresar, se encontró con que el techo era todo de tierra y que de él brotaban raíces de árboles. Y sintió tal angustia que comenzó a escarbar con uñas y dientes para escapar de aquella tumba, de aquel refugio nuclear, de aquella pesadilla, de aquel infierno, de lo que fuera aquello, hasta que sus manos sintieron una fresca brisa y Perseo pudo al fin sacar el cuerpo y se limpió de tierra los ojos para llenárselos de estrellas. Un árbol dejó caer sobre él algunas hojas.

Cuando Perseo Ruiz se vio de nuevo en aquel bosque, se dio cuenta de que la historia se repetía, que a sus pies se abría otra vez la tierra y los muertos sacaban sus cabezas y se limpiaban la tierra de los ojos para llenárselos de estrellas.



Jesús Cotta Lobato

Nací el 23 de noviembre de 1967 en un pueblo de Málaga (España), de lo cual se deduce que soy el calvo con gorra de la foto. El rubito que me escucha encantado es mi lector favorito, hijo de un excelente poeta amigo mío.

Yo soy muchas cosas: poeta, novelista y ensayista, pero, sobre todo, virgen: aún no me he estrenado en ninguna editorial, salvo unos

poemas en la revista “*Nadie parecía*”, de la editorial Renacimiento.

Estudié Filología Clásica, pero soy profesor de filosofía en un instituto de Sevilla. Y allí hago lo que puedo.

Afuera la lluvia percute

José Miguel Desuárez

AFUERA la lluvia percute en las farolas. En su despacho, Eusebio piensa con quién se casará el mes que viene: si con Elena, con Ana o con María. Tanto ha intimado con las tres que por eso ha tenido que inventarse tres vidas apasionantes, lúcidas y resueltas para seducir a las tres mujeres que ahora le piden en matrimonio. Para Elena, Eusebio no es más que un simple cartero que reparte incansable su habitual cargamento de correspondencia frívola: recibos de luz, facturas del taller y extractos del banco, pues cartas de amor ya no se escriben como las de antes. Para Ana, Eusebio es un buen banquero en Valencia, donde ella vive desde que era niña. Y para María, Eusebio pasa por vendedor de coches nuevos en un concesionario de Toledo; cada mes coloca por lo menos veinte automóviles, y con esa comisión invita a María a que pase con él algunos fines de semana en Barcelona.

* * *

Elena es una joven, de mirada azul y pelo color cerveza, bibliotecaria para más señas. Conoció a Eusebio una tarde en que él leía en la biblioteca un libro de cuentos de Julio Cortázar. Se gustaron y él la esperó para invitarla a cenar. Se vieron durante algunos días todas las tardes. Pasearon por las calles de Madrid cogidos del brazo y en el balcón de un hotel se fumaron el primer cigarrillo placentero. Desde entonces, no les ha faltado nunca conversación, ni amor para fantasiar junto a los libros.

Con Elena las horas atraviesan plácidas. Ella habla de los libros que clasifica día tras día. A veces cuenta que lee sólo aquellos donde la aventura y la alegría estén claras. Historias de conquistadores leves, de temerosos navegantes y de alegres caballeros enfrentados en batallas vespertinas y razonables.

A Eusebio le conmueve revelar a Elena que, a veces, encuentra cosas interesantes cuando abre con sus compañeros las cartas caducadas que no han podido ser entregadas a su destinatario y que no llevan remite. Tesoros nunca han hallado, pero sí discretas reliquias de conversaciones que atañen a vidas que se han desmadejado para siempre; también otras veces resurgen tristes alegorías de lo que es la vida en la distancia y, finalmente, también constataciones de que el amor ha de continuar su incendio en el corazón como sea si los dos están de acuerdo.

Tres flechazos como espadas, pero debe decidirse por una de las tres cuanto antes, ya que, si un día, él tuviera un accidente podrían venir juntas a visitarle al hospital y entonces se descubriría la mentira por completo.

Elena no tiene nada que temer. Está dispuesta a casarse con Eusebio. Igual que Ana, cuando acabe sus estudios. Por su parte, María tendría que dejar su trabajo en Toledo, o intentar ganar las oposiciones en Madrid. ¿Quién se casará con Eusebio?

* * *

Ana es angelical y adorable como cualquier pelirroja. Eusebio la conoció cuando ella paseaba por los jardines del Turia, en Valencia, una tarde cuajada de sol y de primavera. El le contó que vivía solo y que salía a aquel parque de vez en cuando para disfrutar del sosiego de sus jardines y de su apertura al cielo y al mar.

Ella no trabaja. Vive con sus padres, pero estos no conocen a Eusebio. Ana estudia idiomas: quiere ser azafata de vuelo, aunque ello suponga ver poco a Eusebio, con quien quiere casarse cuando él se lo pida un día de estos, si se decide ahora, con ayuda de la lluvia que percute afuera, en las farolas y en los cristales.

Con Ana Eusebio ha estado en la albufera algunas tardes de sol,

dejándose mecer en una pequeña embarcación que alquilaban. Como niños se sentían sobre el negro líquido del agua, donde la leyenda cuenta que ahogaron a un niño unos furtivos que huían de la ley. Y allí también han conocido la fruta de sal del mar y su aire verde y desnudo.

Tres flechazos como espadas, pero debe decidirse por una de las tres cuanto antes, ya que, si un día, él tuviera un accidente podrían venir juntas a visitarle al hospital y entonces se descubriría la mentira por completo.

Ana quiere casarse con Eusebio cuando termine con los estudios. Elena cuanto antes quiere dejar de ser soltera. Por su parte, María tendría que dejar su trabajo en Toledo, o intentar ganar las oposiciones en Madrid. ¿Quién se casará con Eusebio?

* * *

María es una voz morena, casi griega, que conoció a Eusebio en Toledo, cuando él probaba un coche con un amigo suyo. La dejaron pasar en un paso de peatones y se cruzaron sus miradas. Más tarde, cuando Eusebio tomaba un café en un bar del centro, ella apareció para corregir allí los exámenes de sus alumnos, y se reconocieron. Comenzaron a hablar y ya no pudieron dormir solos aquella noche y otras que vinieron más tarde.

Caprichosa como una margarita es María, pero quiere a Eusebio con todo su corazón. Hace tres tardes que no hablan, pero es porque Eusebio ha estado con Ana en Valencia el fin de semana. No le importa a María pasar unos días sola en Toledo, sin ver al hombre que le ha robado la tristeza. Pero será ella la que lo llame mañana para ver si pueden quedar pronto.

Podrían ir a Barcelona, como hace un mes, y pasear por las Ramblas arriba y abajo. En el puerto donde Cristóbal Colón señala hacia Italia, podrían quedarse un rato charlando, como quien está de vuelta de todo y, sin embargo, no ha empezado a vivir siquiera.

Tres flechazos como espadas, pero debe decidirse por una de las tres cuanto antes, ya que, si un día, él tuviera un accidente podrían venir juntas a visitarle al hospital y entonces se descubriría la mentira por completo.

¿María dejaría su trabajo en Toledo, e intentaría ganar las oposiciones en Madrid? Elena no tiene nada que temer. Está dispuesta a casarse con Eusebio. Igual que Ana, cuando acabe sus estudios. ¿Quién se casará con Eusebio?

* * *

Aunque antes de casarse con Elena, Ana o María, Eusebio tendrá que pensar en divorciarse de Amanda, con quien lleva viviendo diez años y tiene dos hijos. Tampoco ella sabe que Eusebio es millonario de nacimiento y que esta vida cuádruple la lleva sólo por entretenerse y atravesar lo mejor posible esta vida que sólo podemos vivir una vez.



José Miguel Desuárez

Os lo digo yo, el chiquitín de la foto. Mi papá, **José Miguel Desuárez**, nació en Valencia (España) en 1975. Veinticuatro años más tarde, publicó su primera novela, **La habitación del Norte**, en la editorial Grafein de Barcelona. En la actualidad, papá no es profesor de enseñanza secundaria como mi mamá. Colabora regularmente en periódicos provinciales y revistas on-line, y prepara una traducción de poemas de Keats, mientras cuida de mí y de mi hermano, Natalio, que ahora tiene menos de un año. Con mamá

(Mercedes Marcos Monfort) papá ha escrito otra novela, **La plaza, modo de empleo**, la primera de una saga de cuatro que seguro verá la luz próximamente en una editorial importante. También lleva adelante una web (<http://www.sapiens.ya.com/insulaliteraria/>) y un blog (<http://www.blogs.ya.com/josemigueldesuarez/>) donde pueden encontrar más información sobre mi familia y su actividad literaria. Recientemente, papá también ha ganado el XVIII Premio de poesía “Villa de Monesterio” y el V Concurso Literario Villa de Marchena de poesía y está participando en varios certámenes con sus poemarios (todo el día está contándome que pronto van a fallar aquí y allá). El relato que van a leer pertenece a su obra breve. Espero que les guste, porque estoy convencido de que lo van a leer con mucho cariño. Nos vemos en el parque.

Espejos

Marisa Florenzano

El llamado me dejó atónito. Sin lugar a dudas hay hechos tan inesperados que terminan resultando poco creíbles, o pareciendo meras fantasías elaboradas por la imaginación.

Nunca se me hubiera ocurrido a mí como a ella, buscar en el directorio el nombre de un recuerdo, de alguien perteneciente al pasado (en este caso, prácticamente a la prehistoria de la vida), para luego discar el número telefónico. ¿Para qué? ¿Cuál sería el sentido?

Sé que las mujeres son nostálgicas. Y también, si pecco de egocéntrico, supongo que dejé en ella, en Carmen digo, que es de quien estoy hablando, una marca indeleble.

Supongo que hay vivencias que el tiempo no consigue borrar. Y es más: me atrevería a decir que son esas las que el devenir corrige, perfecciona, repara.

Carmen fue (estoy remitiéndome a casi treinta años atrás) la personificación de la más intensa de las pasiones que me halla tocado vivir. Debo reconocer humildemente, que no han faltado mujeres en mi vida. Y a esta altura, con más de seis décadas a cuestas, sigo disfrutando de mi soltería, con una performance respetable en lo que

hace a las relaciones con el otro sexo. Es cierto: a veces me siento solo, y sé que ese sentimiento tan común a tanta gente, es lo que hace que aún se interesen por mí algunas señoras bastante bien conservadas. Creo que lo que motiva que uno se acerque a lugares de reunión para gente mayor como bares, boliches o distintos sitios de intercambio, es finalmente el intento desesperado de huir de la soledad. O al menos, de acallarla momentáneamente.

Seguramente, ésto mismo es lo que impulsó a Carmen a tomarse el trabajo de buscar mi número en la guía y llamarme. Inclusive, llegó a comentarme en esa comunicación, que había enviudado y que su única hija vivía en Estados Unidos. ¡Si eso no es soledad...!

En cambio yo, que nunca me casé, no debo añorar a nadie. A veces, no lo niego, me pregunto cuál es el sentido de la vida. Nunca tuve un hijo, ni planté un árbol, ni escribí un libro. ¿Quién se hará cargo de mis huesos cuando mi alma decida abandonarlos? No lo sé, aunque tampoco me quita el sueño.

Pero vuelvo a Carmen, mejor. Era, les decía, una morena de fuego. De pelo lacio y renegrado igual que sus ojos, de mirada incisiva y provocativa y poseedora de un cuerpo esculpido con la rigurosidad de un esteta. ¡Hermosa!

Nos amamos durante un tiempo. Fueron meses en los cuales la pasión se convirtió en el eje central de nuestras vidas. Fuera de los fogosos encuentros sexuales, rayanos en la perfección, todo perdía sentido y se desdibujaba. No había para nosotros escapadas al cine,

ni salidas con amigos, ni cenas íntimas en un buen restaurante iluminado con velas, ni diálogos profundos de intercambio de ideas y pareceres, ni nada de todo aquello que nutre la vida de una pareja normal. De ninguna manera: en nuestro caso el universo empezaba y acababa en el ansiado entrevero de los cuerpos.

Claro que uno va cambiando con el paso del tiempo e inevitablemente, la piel abre sus poros tornándose permeable a sentimientos más profundos y determinantes. También muta y se transforma la mirada con la cual se contempla la vida y sus circunstancias, y el lugar de relevancia que se le da a cada cosa. Así, nuestra historia de fuego, se redujo a cenizas volátiles.

Pero en ese entonces, con algo más de veinte años y todo por vivir, nos urgía la necesidad de beber la vida de un trago. Fondo blanco le dicen, ¿no? Sin embargo, pese a la superficialidad con que Carmen y yo encaramos nuestra relación, creo que nos amamos, digo, que nos quisimos un poco. Estoy convencido de que a veces el sexo, por desenfrenado que sea, es la puerta de acceso hacia el amor. Un intenso trueque de humores y líquidos corporales, a la larga deviene en profundos sentimientos. Tal vez a esto se refieren los entendidos cuando hacen referencia a la química del amor: tanto compuesto orgánico derramado en el cuerpo del otro, termina vulnerando el corazón y el alma, y produciendo el enamoramiento. Sí, debo reconocerlo: estuve enamorado de Carmen. Y evidentemente, ella de mí. De lo contrario, no me hubiera buscado después de tantos años.

Les decía, que me propuso encontrarnos en un bar para tomar un café. (Letra de tango, pensé.) Y yo, ustedes bien lo saben, nunca le niego el sí a una dama.

Me vestí para la cita como un dandy: peiné con esmero mis canas (las que aún perviven y rodean a mi lustrosa pelada), me calcé el mejor de mis trajes y me perfumé con la misma loción que usaba entonces, nacional, pero buena y persistente. Ideal para la ocasión. Cuando hice el último chequeo frente al espejo, intenté comparar la imagen que éste me devolvía con la que Carmen guardaría de mí en su memoria. ¡Qué diferencia abismal! De pronto sentí pánico y estuve a punto de no acudir al lugar convenido. Pero luego, con buen criterio, pensé que con quien iba a encontrarme no sería ya la joven y voluptuosa morena, sino lo que de ella habían dejado los años.

Llegué al bar quince minutos antes de la hora acordada. Un poco por caballerosidad y mucho más porque prefería ser yo quien estuviera esperando cómodamente sentado y así tener una vista panorámica del ingreso de la dama al lugar. Es decir, aventajarla unos segundos en el encuentro cara a cara, tener unos instantes para procesar el impacto de confrontar la imagen viva con aquella suspendida en el recuerdo.

Arribó puntualmente. Titubeó en la puerta del bar y dudó un momento mientras sus ojos hacían un rápido paneo para encontrar a quien encarnaba el presente de ese apuesto muchacho que fui en el pasado.

No sé si me reconoció por la insistencia de mi mirada o porque en ese temprano horario era yo el único hombre que permanecía solo sentado a una mesa. Se acercó con cierta timidez, disimulada con una actitud de forzada autoconfianza. Dibujó en su rostro una sonrisa tensa. Yo me puse de pie para desarrimar la silla donde Carmen iba a sentarse y luego nos saludamos con un afecto algo impostado. Cuando las tazas de café estuvieron en la mesa, llenamos el vacío que había ocasionado el abismo de los años, hablando locuazmente de nuestras vidas. Ambos simulamos ser felices, sentirnos satisfechos con nuestras existencias y hallarnos plenos y en óptimas condiciones, pese a estar arribando a los setenta. Al fin y al cabo, todo podía ser cierto ya que éramos dos extraños intentando encontrar un anclaje entre los recuerdos y el presente.

Superada la tensión inicial, me detuve a observarla. Sus ojos negros estaban opacados por una tenue película de duda y amargura. Su pelo, lacio aún, había mutado del moreno a un miel artificial encubridor de canas, y enmarcaba la cara cayendo apenas hasta los hombros. Nada quedaba allí de esa cabellera salvaje que se desparrramaba en las sábanas. Su rostro, memoria de la belleza perdida, exhibía finas arrugas que lo delineaban: la comisura de la boca, la frente, el contorno de los ojos. Y su discurso se había trastocado desde aquel susurro sensual, para convertirse en una secuencia ordenada de palabras elegantes, elegidas con sumo cuidado. Mientras hablaba, sus manos se crispaban nerviosas, ajando y destrozando

una servilleta de papel. En ellas las huellas de los años se hacían evidentes. Pero aún así, lucían orgullosas y dignas.

Fui piadoso: le dije que la hubiera reconocido entre una multitud y ella me devolvió el cumplido mintiéndome que continuaba siendo un señor sumamente atractivo. Nos despedimos con la aplastante certeza de que nos habíamos decepcionado mutuamente. ¡Es impresionante notar cómo nos marchita el tiempo! Carmen era otra persona, una bella dama de la tercera edad. De más está aclarar que no pude reconocer en ella a la esplendorosa hembra de mis recuerdos. Pero además, ese rostro tan decorosamente ajado por el paso del tiempo me sirvió de espejo, algo así como el retrato de Dorian Gray, una especie de brutal confrontación con lo que los años hicieron de mí mismo. Sencillamente, a partir de esta cita, comencé a asumir que estoy viejo.

Con todo, apuesto que hay aspectos que permanecen inalterables. Me refiero a aquellos que se insertan en lo que antes definí como “química del amor”.

Y es que desde ese encuentro en apariencia tan formal y frío, sueño con volverla a ver, con desparramar esa melenita color miel entre mis sábanas, con ingresar nuevamente en ese cuerpo, que aunque sea casi el despojo del que fue, lleva en él mis huellas, mi marca registrada, la composición genética de mis humores entramada en la piel.

Supongo que es una cuestión de soledad, ¿no? Bien, de cualquier manera, no atiné a pedirle su número telefónico. Simplemente, espero que vuelva a llamarme alguna vez.



Marisa Florenzano

El interés de esta escritora por el lenguaje escrito, como forma más acabada de comunicación, despunta desde los primeros años de su infancia. Sin embargo, siempre consideró que sus producciones eran demasiado personales e intransferibles. Recién hace poco más de un año y quizás porque la cercanía de los cuarenta impone balances y reconsideraciones, es que decidió darle a sus poesías y cuentos la oportunidad de intentar otro destino más allá del cesto de papeles y aventurarlos a ser leídos por alguien más

que sí misma.

Así, en el curso de 2004 participó en varios concursos literarios, obteniendo menciones de honor en casi todos ellos, y la publicación de algunas poesías y cuentos en dos antologías, una ya editada y la otra de próxima publicación. También durante el 2004 escribió la novela “Donde se cruzan los caminos”, inédita a la fecha.

Noche de paz

Queta García Navarro

La mañana se despereza fría y coagulada. Se diría que rota, quebrantada en mil pedazos de hielo que congelan el rostro de la ciudad.

En la plaza, convertida hoy en pista de patinaje, se prolonga la noche y se entretiene el alba. El chorro de la fuente fría ha dejado caer algunas gotas de escarcha y, poco a poco, las estrellas se diluyen devoradas por una esquiva claridad; se retiran hacia algún confín ignoto, demasiado alejado de la vista incluso para seguir las. El trámite resulta lento, un poco más indolente cada día y los pobladores de los bancos, los habitantes del tresillo de madera, añoran el sol, la tibieza del otoño, el sofoco del verano con su estufa de carbón.

Se han escapado los buenos días. Se han escurrido de entre los dedos como granos de arena en una duna inmensa y despoblada. Una alfombra de hojas machacadas recubre, ahora, los parterres, el suelo de la plazuela, y el ambiente es plomizo, afilado y punzante, como inacabado. No más flores, ni balones ruidosos, ni pájaros cantando.

Algún perrillo madrugador da vueltas sobre si mismo buscán-

dose la cola. En su inocencia perruna sostiene la fantasía de que, aquello que pende de su trasero, es una enorme y esquiva salchicha dispuesta para ser engullida. En esta guerrilla particular, el can organiza algún que otro barullo. Sacude unas cuantas latas, gruñe resentido con su propia sombra y rebota contra las patas oxidadas de los bancos, despertando a más de un alma recogida.

Los residentes duermen a ratos, a trompicones. La pequeña fogata de la víspera, se apagó hace mucho. Medio cubiertos entre cartones, las barbas se han cuajado y presentan un aspecto blanquecino y tieso, como de ancianidad prematura. La helada ensancha la noche, la puebla de desalientos. Una luna, perforada y redonda, sonrío desde las alturas como un queso demasiado lejano para poder hincarle el diente. Y aún quedan muchas otras. Vigilias sin sueños enguantadas de blanco, afiladas de acero; doloridas en los huesos que retienen el frío. Voraces de hambre en el pozo vacío de las papeleras sin fondo. Alguna colilla apurada entre dientes. Bocanadas de hielo entre extraños compañeros.

Las primeras gentes van y vienen a su tarea y un despertador rebota en los confines de una mesilla estrecha. La ciudad despierta, se despereza justa, ecuánime. Los semáforos crujen, los coches forman en el cruce como pequeñas guarniciones de plomo y algunos ojos se desvían incómodos mientras dura la luz roja. Impávidos observan la misma escena. Esquivos. Y nada cambia.

El perrillo consumido, hartó ya de dar vueltas a la noria de la

gula, se detiene junto a uno de los cuerpos pasmados, olisquea contento y comienza a lamer una mano que pende hacia el vacío. Y una caricia escapa desmañada, casi artrítica, dentro de un guante sin zurcir. Pero el acto es reflejo, perdido entre los vapores del sueño, huido de la realidad por falta de costumbre.

Es otra mañana que despunta. Que pasea por el parque como una rígida dama encopetada. Una más, azul y despavorida, pero letárgica. La necesidad humilla los cuerpos. El ayuno los hunde en un bendito sopor, en una agradecida hibernación que hace la jornada más llevadera, menos temporal. Son los mismos de siempre. Presentes y marciales. Dolidos y olvidados. Una flotilla itinerante, de edad indefinida, que busca acomodo sin ser vista.

No ha habido bajas en esta mañana azul. Y el grupo se felicita recordando otras noches menos afortunadas. Como una extraña familia, los indigentes del lugar se arraciman en torno al chusco y al cartón de vino, medio vacío, que pasará de boca en boca sin quedarse. Es la hora de dar gracias. De bendecir la primera comida del día y regocijarse porque, a decir verdad, nunca se sabe cuándo será la próxima. Es también la hora de asearse en la fuente fría, de rascarle la espalda al vecino y la cabeza al pobre chucho trastocado que se ha empeñado en correr la misma suerte que este grupo singular. La hora de seguir y de volver a empezar.

Tiempo habrá de mirar al cielo. De distinguir la calle y las luces que comienzan a encenderse tras los balcones cegados, entelados

de vapor. De sentir la punzada que se instala en el pecho como una corriente de aire, y añorar la casa, el mantel de encaje, la mesa puesta y el olor del café. De punta a punta de la rúa, han colocado guirnaldas, bombillas de colores y coronas de acebo, y la ciudad los ignora asfixiada por el verde del abeto, demasiado atareada en otras causas, en trascendentes asuntos. El hogar de los sin-techo se engalana por unos días y el espacio se ilumina, aderezado como la guinda de un pastel. La mirada se encandila y la piel se eriza como la de un niño chico, pero la inocencia se perdió hace mucho y ahora el firmamento amenaza con caerles encima por el peso de tanto perifollo.

El perrillo inquieto no entiende de filigranas. Corretea entre las piernas del personal y mueve la cola contento, satisfecho de hallarse. Algunos dedos fríos, de fría luna, se pasean por su lomo y él se reuerce de gusto despreocupándose de la soledad y del hambre canina que azota como una racha de viento huracanado.

Pronto serán invisibles, todos ellos. Pronto, las buenas gentes cargadas con bolsas de colores, dejarán de cruzar el parque o mirarán hacia otro lado para olvidar a esa chusma que vive en una casa sin puertas ni ventanas. Ni un reniego escapará de sus bocas, ni un suspiro de rechazo. El descuido y la transparencia se harán dueños de la plaza, del cruce y la fuente cantarina. Hasta los chiquillos desdeñarán del chucho canijo que cubierto de pulgas deambula solitario. Ya no querrán estirarle las orejas ni colgarle unas latas del rabo desmochado. Ya no lanzarán balones saltarines que reboten en su cabeza ni

cantarán GOOL.

Le pondrán vallas al recinto ignorando las corrientes que cortan el aliento. Cada año lo hacen. Y solaparán el hambre con redadas nocturnas que calmen sus conciencias. Con estancias de lujo en el albergue del barrio. Baño, despioje y culito de sopa. Y es que diciembre avanza. La mugre se esconde bajo el felpudo y los chiquillos suspiran pegados a la pantalla del televisor.

Ningún niño sin juguete... Las muñecas de Famosa se dirigen al portal... El Turrón más caro del mundo... Las burbujas doradas de la copa de cava... Langostinos Costanova... Un diamante es para toda la vida... Relojes con la hora del domingo... El perfume de las horas perfectas...

Y la megafonía de los grandes almacenes escupe Noche de Paz.

Queta García Navarro

Nací en Barcelona, España. Docente desde... hace un montón de tiempo. "Escribidora" desde siempre y en la lucha constante. **Premio de Novela de la UDL (200)** con **El Amo del Sueño**. Colaboro con **Intermón/Oxfam** y he publicado con ellos el cuento solidario **Una Fiesta bajo las Estrellas**. **Premio "Contando hasta el 2015"** con **La Colina de la Luna** y finalista de otros tantos. Actualmente trabajo para la **Fundación Max Aub** con la cual publicamos antologías poéticas cada año.

Mi página web es: www.galeon.com/quetagarcia/index.htm



Fábula del brazo desalmado

Ernesto González

Al asomar una parte de la criatura que venía al mundo, la comadrona se quedó pasmada: ¡Ah, cará!, susurró, mire usted que esto tiene que ver. El niño, pues ella misma había augurado que era varón, no se presentaba en ninguna de las posiciones que su experiencia en partería le había mostrado. No venía de pie, ni de nalgas, ni por la cabeza, ni venía de hombro, ni de cara. Aquel ser lo primero que sacó fuera del cuerpo de su madre, fue un puñito todo crispado y rojo que pertenecía a su brazo izquierdo.

-¡Ah, cará, mire usted que esto tiene que ver! -repitió la vieja Eudocia mirando la manita contraída como si hubiera descubierto que parteaba a la madre del demonio-. ¡Dale hija, dale carajo, dale! Empuja fuerte, coño, que a mí no se me muere ningún vejigo venga como venga -dijo introduciendo delicadamente los dedos y buscando la cabecita.

Pero el puñito crispado oponía resistencia al trabajo de la comadrona:

-Ah, cará, que no me deja el muy cabrón... Ah, ah, ya...

Al fin, el varoncito se desplazó completo hacia la vida. Eudocia cortó el cordón umbilical, colocó al recién nacido de cabeza y le dio una nalgada. Él rompió en llanto, mientras encogía y estiraba su bracito izquierdo.

-Esto está raro. O es algo de Dios o de Satanás -musitó la anciana.

Llamó al padre, y colocó la criatura entre los brazos y pechos sudados de la madre diciéndole:

-Atiende bien a este vejigo tuyo, hija, atiéndelo bien que yo creo que este vejigo tuyo viene coronado.

Aquel brazo izquierdo y su puño crispado trajeron tantas desazones al cuerpo al cual debían servir, que un día el niño sintió deseos de arrancárselo o de haber nacido manco. Facundito quería apresar con el guante de su mano derecha la pelota que le lanzaban sus amigos, y allá iba el brazo izquierdo, descontrolado, a agarrarla y tirarla en las direcciones más erráticas. El muchacho se aprestaba a patear un balón, y allá iba el brazo a interponer su voluntad obligando al torso a inclinarse para que la mano dispara el gol, como si fuera un partido de minusválidos. En el aula, el niño quería pintar usando su mano derecha, y el importuno miembro agarraba el pincel o el lápiz y dibujaba bocetos de sí mismo, de dedos, antebrazos, o escribía arengas ininteligibles para los estudiantes de primaria: ¡arriba la zurdería!, ¡vivan la izquierda y su razón histórica!, ¡adelante levógiros del mun-

do, uníos!

De mocetón, al darse cuenta de que podía prevalecer sobre esa parte de Facundo, el brazo empezó a granjearse la confianza de los huesos mayores: el húmero, el radio y la ulna. Y les prometió la liberación de la tutela de la mente de Facundo, mediante la formación del triángulo de la dignidad y una alianza con los órganos izquierdos. Enseguida el brazo rebelde se ganó el fervor del poco lúcido bícep, de las venas superficiales y de los nervios cutáneos y digitales. Sin embargo, tuvo que realizar una intensa labor de proselitismo y persuasión con el supraespinoso. Las vainas sinobiales -por su condición de protectoras-, y las falanges de los dedos -por su unicidad a prueba de retórica-, nunca llegaron a ser santos de la devoción del brazo izquierdo. Menos, el hueso semilunar, debido a su tendencia a la Astrología.

-Ustedes están ciegos -atacaba el rebelde a esas partes tuyas que no deseaban colaborar-. Están completamente ciegos, pero ya se convencerán de que el futuro pertenece por entero a la razón histórica. Ella nos llevará hasta la victoria por siempre.

-No están preparados para entender nuestra lucha -explicaba el brazo a sus seguidores-. Pero no nos preocupemos por eso: el verdadero miembro izquierdo de Facundo somos nosotros: la mayoría. Los demás son escoria corporal que no pincha ni corta.

Y con la misma, el brazo centralizaba mítines y asambleas de apoyo a sí mismo y a la razón histórica, y entonaba la voz prima en los

himnos: arriba los órganos izquierdos, de pie los órganos sin par, y cantemos todos unidos, viva la disparidad. Y repetía consignas y las escribía dondequiera: “Yo Soy el Sendero, Yo Soy la Verdad”, “Nosotros, el brazo izquierdo, somos la Vida”. Las vainas, las falanges y el semilunar, ante estas demostraciones de recalcitrante unipartidismo, hacían el caso del felino. Más cultos que sus convecinos, sabían que su vivir y bienestar no dependían de la causa de la izquierda, ni del odio a todo lo derecho preconizado por el brazo.

Eudocia, partera y madrina de Facundo, muy alarmada por los padeceres que le dañaron la alegría de la niñez, y convencida de que aquel había sido un nacimiento coronado, llevó a su ahijado a una quimbisera quien lo atendió de buena gana. La mujer le cogió el nombre a Facundo, lo escribió en un pedacito de cartucho y se lo tiró a los perros en el Palo monte. Esperó, y los animales por el olfato lo encontraron. Yoya llamó a Eudocia y le dijo:

-El muchacho es hijo de esta casa, y tengo que atenderlo para que no dé su caída hasta que sea su hora, porque hay influencias que se la quieren adelantar.

Con los pases teúrgicos propios de la Regla Quimbisa, más secreta y poderosa que la de Oyá, la quimbisera logró adormecer el ego del brazo de Facundo.

-Para que este miembro aprenda a tener conciencia de lo que es el mundo de la verdad -sentenció-. Ya estás curado, pero cualquier cosa ven a verme. Recuerda que tú eres para siempre hijo de esta casa.

Un mal día, Yoya la quimbisera se murió de repente. El brazo empezó a recuperarse del adormecimiento que le había provocado la Quimbisa. Y ya otra vez, en plenas facultades, arreció su batalla por cumplir la razón histórica de su vida. En instantes de gran euforia discursiva, procuraba que sus partidarios olvidaran el peligro de dañar el corazón de Facundo con tanto revuelo libertario, como había ocurrido cuando se combatió contra los órganos unívocos.

-Ese es un error que estamos rectificando -afirmaba el brazo, maestro en rectificaciones-. De los órganos unívocos nos ocuparemos después que ganemos para nuestra causa todas las partes izquierdas de los órganos dobles. En esta etapa histórica nuestra obligación está en realizar un profundo trabajo de captación con estas partes izquierdas.

En ocasiones, profundamente ocupado en su labor para ganar la parcialidad corporal, la impulsividad del brazo era tal que provocaba migrañas, anginas de pecho y hasta una hepatitis que los especialistas no lograron desentrañar y que denominaron Z. En esta batalla final por adueñarse de la mente de Facundo, el brazo acabó por convencer a los nervios troncales, al axilar y al medio; y a los tronquitos terminales, para que dirigieran la energía nerviosa hacia la izquierda del organismo y sirviera como canal de riego a la Base Programática. El pulmón izquierdo era azuzado contra el derecho: mira, mira cómo descansa a costa tuya, mira cómo se hace el dormido. Al riñón izquierdo le daba parecidas razones históricas. Igualmente hacía con la

pierna izquierda: si es que la pierna derecha siempre se te planta arriba, siempre, siempre. El brazo rebelde llamaba Transnacionales Interiores a la sangre, a los ganglios y a los sistemas vegetativo y autónomo -¿autónomo?, bah, ¿quién se lo cree? Aquí nadie tendrá verdadera autonomía mientras nos esté explotando el cerebro de Facundo. Falso patriarca de la vida -insultaba al corazón- arrogante que ignoras a los órganos humildes, músculo frío, indiferente al sudor de los explotados. A ver, contesta, ¿quién habla o menciona siquiera de pasada al antebrazo, a los dedos, a la ulna?, ¿quién los recuerda y menos todavía les reconoce su razón histórica? Pum, pum, pum, seguía vibrando el corazón como si no lo oyera. Eres un poseído, un ciego y un equivocado, eso es lo que eres en realidad.

Los rebeldes, liderados por el brazo, se enfrentaron a la sangre que los irrigaba de oxígeno y al cerebro que los revitalizaba. Y a la Base Programática le eran incorporadas nuevas tesis del brazo, como aquella acerca de la victoria de los órganos desposeídos sobre la casta de los unívocos en fase de una desintegración anunciada a los inicios de la campaña, pero que nadie veía venir por parte alguna. Estos mismos órganos izquierdos, al paso de los meses, se desalentaron después de comprobar que no se producía la explosión revolucionaria por los eslabones más débiles de la cadena de órganos -otra de las tesis descritas en la Base Programática-, y retiraron su apoyo a aquella razón que no parecía tan histórica y mucho menos dialéctica. Los disidentes reprochaban a las partes del brazo arras-

tradas a la conflagración, que no fueran corteses y agradecidas con el sistema inmunológico en general, con los leucocitos en particular y que no se apercibieran de la amorosa capacidad de regeneración con que la Naturaleza respondía a cada herida o enfermedad que ocasionaba la revuelta en el cuerpo de Facundo.

-¡Pamplinas, puro idealismo hipersubjetivo! -filosofaba el brazo engarrotando su puño, -no presten atención a esas campañas de descrédito, de desinformación y mentiras, que buscan quebrantar nuestra unidad, no temamos a esas amenazas de agresión, ellos no nos intimidarán jamás. Lo que tenemos que hacer es prepararnos para la defensa y hasta para la muerte si fuera necesario.

Y ordenaba inflamaciones y cabezas de vena que al rato se disolvían con el paso de la energía nerviosa del cerebro. Además exigió incrementar la vigilancia en el triángulo de la dignidad, formado por sus partidarios favoritos: el húmero, la ulna y el radio, de temibles tamaños, y cuyo grado de compromiso los había hecho los más confiables reductos de la sedición.

-Este es el combate final que nos llevará hasta la victoria por siempre -repetía el brazo su consigna favorita.

El bíceps izquierdo hería al derecho, muchos huesos se provocaban fracturas, las venas superficiales se abrían; y las falanges, las vainas y el semilunar -no involucrados en la contienda-, sufrían horriblemente.

Una mala mañana, las articulaciones del húmero se empezaron

a calcificar y el hueso se reseco, pero contaminado de lucha como estaba, no tuvo tiempo de reconocer su enfermedad. Lo mismo ocurrió con todo el triángulo de la dignidad, con el resto de los partidarios y con los sufridos indiferentes. Las fuerzas de la naturaleza se frustraron al tratar de restablecer la armonía en aquel miembro desarraigado que acabó por gangrenarse.

La familia de Facundo removi6 el último pueblo del país, la última montaña y la última cueva, buscando una quimbisera para volver a adormecer el ego del brazo que desmembraba a su poseedor.

-Para eso van a tener que ir muy lejos -les indic6 un viejo babalao que quería ayudar-, por que la única quimbisera que quedaba era Yoya y no la dejaron enseñar.

De manera que en aquella nación llena de escuelas, universidades, instituciones científicas, brazopat6logos y cientos de otros especialistas importantes, se había prohibido la Regla Quimbisa y por consiguiente, las patologías egotistas -las más terribles y peligrosas-, carecían de cura efectiva en el territorio nacional.

A la postre hubo que amputarle a Facundo su brazo putrefacto que no se acababa de morir y engarrotaba constantemente el puño. Al operarlo, el cirujano llev6 el corte hasta el hombro para asegurarse de los buenos resultados. Es que había creído oír una voccita sobrenatural que salía del codo, clamando por algo semejante a la victoria por siempre de una tal razón histórica y dialéctica.

Manco, pero felicísimo de su existencia sin egotismo, Facundo

pudo casarse y hacer hijos que le dieron nietos. A todos ellos relató la extraña experiencia que padeció en su adolescencia, para que enseñaran a sus órganos a llevar una vida en comunión con el cuerpo al cual debían servir. Se cuenta que siendo bisabuelo viajó al lejano continente mencionado por el babalao y que allá fue iniciado en la Regla Quimbisa, más poderosa y secreta que la de Oyá. Hay historiadores del caso que aseguran que Facundo regresó al cabo de unos años, y que la vida le duró para ejercer durante mucho tiempo el magisterio quimbisero en su patria, donde para entonces sólo había quedado prohibido el desamor.



Ernesto González

Ernesto González, escritor cubano, es Licenciado en Información Científica por la Universidad de La Habana y autor de varias novelas, un libro de relatos, un poemario y dos proyectos de telenovela. Fue finalista en el Concurso Novedades-Diana en México, 1993, por su novela “Las propinas de Yoko Ono”. Su novela “Las costas del paraíso”, está publicada en LibrosenRed.com. El autor también ha publicado poesía, ensayo y cuento corto en la prueba de eficiencia de español editada por Riverside Publishing. Actualmente reside en Chicago donde ha enseñado español en la East-West University y la escuela de idiomas Cultural Exchange. Trabaja como editor-traductor en el periódico en español Hoy, del Chicago Tribune.

**5820 N. Sheridan Rd. # 308. Chicago, IL 60660 USA
Tel. 1(773)944-5342 e-mail: egonza_3399@hotmail.com**

La cita

Luis Daniel
Gutiérrez Espinoza

Desde hacía algún tiempo y como casi todas las semanas, ella llegó puntual, justo lo acordado por teléfono... sí mi amor, siempre a la misma hora y el mismo lugar.

A su lado Madame Bovary era un cuento, fresca y húmeda ya, cogió las llaves que el recepcionista le extendió sonriente, como a vieja conocida y respetable clienta. Es la habitación de costumbre, señora... y ella, que trepa rápida las escaleras y corre ligera hacia el número de sus sueños. Efectivamente, porque hasta cuando dormía se le aparecía como entre mieles y nubes el número ese, sobre el marco de la puerta. Y era feliz y era dichosa, cuidado, te estás enamorando mujer, le advertía su amiga íntima y soltando un tremendo suspiro, ella la Bovary, la llamaba, mi querida confidente y discreta alcahueta del alma...

Cuando la vieron, con esa sonrisa y esa dulzura en sus facciones, pucha, lucía sexi y provocativa, algo fría y distante, también. ¿Sabes?

Qué, cómo se llamaba... la cuestión es que ella pagaba y sin más

ni más se iba apurada, máximo dos horas y media se demoraba, sí señor estoy seguro. ¿Su acompañante?, no, no lo conocemos, jamás dio su nombre ni la cara y ni una mísera propina siquiera, al contrario de la dama que era bastante atenta y generosa y sobre todo, quien cancelaba todos los servicios y los antojos, que unos traguitos, que un vino tinto con unos bocaditos, picantes y saladitos no se olvide, ¡eh!, que una película en especial, que una llamadita a un tipo chévere, de esos de agencia A-1, de a flete y horario, para que los acompañe... y qué harían, no lo sabemos, tampoco nos interesa. Oiga, que esto es amor al paso y no un vulgar local de puro chisme y raje.

La doña ésta se pasó de vueltas, pobrecita, agarró una sobredosis como para pegarse al techo, dijo concluyente y sabihondo el médico forense que la examinó... sí pues, si tiene polvo de ángeles hasta en el trasero, como si en la punta de alguna vaina se lo hubieran reventado a fondo y a la mala, para que goce y se atragante del gusto, ¿no? ¿Qué, no sintieron ninguna bulla, no hubo ningún alboroto? No señor, nada de nada.

Qué, qué te pasa, desde cuándo y qué horas te me vienes así... no lo sé, mi vida, perdóname negrita, estoy con una preocupación que no se me quita...

Después de tantas miradas y calenturas, palabras que van, palabras que vienen, la invité a cenar, luego a bailar y entre vino y vino, ella que no se aguanta, yo que me quemo, los dos que nos fuimos para allá. ¿Y cuánto tiempo hace de ello?, ya ni me acuerdo...

¿Que dónde nos perdimos?, cuando ella me preguntó si la quiero, si mejor nos largamos a vivir juntos y de vez en vez, con cualquier otro fulano, nos bacilamos de lo lindo, ¿te parece? Me asusté, caramba, hartó que me asombré, es lo correcto y me paré. A velocidad super sport se me abrieron las entenderas, mi cerebro en una tremenda frenada me puso en mis cabales. Yo no estoy para más joda, le dije, ni para hacerme de hábitos ni fregadas rutinas, me cansé loca de miércoles, así que mejor sanseacabó y todo en paz, que tú a tu marido y yo, a mi mujer y santas pascuas, si te he visto, no me acuerdo... y ella, que no, que cómo vamos a terminar, que porqué soy ingrato, que porqué la he engañado, que cómo soy tan desgraciado... entonces el último, el de la despedida, el del recuerdo... ¿y ya ve?, la muy sapa, me jodió. Que se metió al baño, que espérame un ratito por favor, que no te vas a ir, que salió toda chisposa y recontra gananciosa, incluso media enojada, que te vas a arrepentir y me vas a extrañar, que abrázame, quiéreme, no me dejes... y luego comenzamos nuevamente, le di con todo y por todo lado, para que se vaya contenta y ya no moleste ni llore más, que me aprieta, que grita que me ama, que es mía hasta los huesos, que no la olvide, que no me suelta, que jadea peor que locomotora vieja en cuesta, que tiembla y transpira, empuja y se estremece como con hambres atrasados, como si estuviera enferma de celo y con nada se satisficiera, como si la desesperación la desatara y yo fuera su único remedio, que yo creí era del gusto o la emoción y el llanto de la despedida, que se me va y me moja a rauda-

les, que yo decía, la traigo muerta del trajín que seguía y seguíamos, de puro macho y fuerte que soy y más le daba y la volteaba y la levantaba y arremetía, en la alfombra, en la tina, en el sofá... y duro que yo me ponía y ella... la dejé, tuve que dejarla, el miedo como que me dio ímpetus y aires... que como pude me tiré por la ventana y a mil por hora, pensé qué pasó, qué diablos ocurrió, en eso me acordé del baño y su maldito vicio de la yerba y la cocaína, nunca le faltaron en la cartera, ¿sabe?... pero después de todo, qué tal encame, qué tal mujer carajo, para morirse padre, para morirse... y así nomás que se fue la infeliz, padre, lamentablemente sin poder confesarse ni recibir su santa bendición, padre.



Luis Daniel Gutiérrez Espinoza

Nació en 1954 en Arequipa, Perú. Dedicado escritor y poeta que ya en su adolescencia desplegaba una aguda pluma y hecho acreedor de varios premios literarios a nivel departamental y nacional. Tiene publicada una obra de cuentos: “Teatro de Ilusiones” y el poemario “Apalabrando Silencios”, además de varias inéditas y por publicar, junto con innumerable Artículos en diarios y revistas locales, por cuanto ejerce el periodismo de opinión y es un activo promotor cultural. (luchogutierrez@yahoo.cm).

me limpio los dientes con las cuerdas flojas

Gabriel López Nieto

Si hubiera sabido que llevaba un hombre al motel, habría preferido quedarme en casa bebiendo solo. unos buenos implantes y mucho alcohol juntos pueden superar la magia del cine de hollywood.

no le descubrí hasta después de un largo beso, cuando metí la mano bajo su minifalda. allí me esperaba sigilosa la masa de carne sobrante. ésta colgaba, carente de erección. no debió ser un gran beso.

- mierda! - di un brinco hacia atrás.
- no me diga que no sabía - dijo él, extrañado.
- claro que no! - le grité.

pude leer con claridad el miedo en su expresión. por lo general a ese momento le sucedía una brutal golpiza. por fortuna para él, yo estaba tan borracho como para no haber notado los gruesos pelillos

que emergían de su barbilla. mucho menos estaba preparado para una pelea.

- y entonces? - preguntó.

- entonces qué? - yo no supe qué hacer.

me pareció un desperdicio aquella habitación de paredes amarillas coronada con un espejo en el techo en el que se reflejaba la cama. todo ese lujo falso esperando por un poco de acción. no fue una decisión sencilla.

- bueno, una mamada - yo había oído hablar de la capacidad de estos tipos para chuparte la polla.

- pero paga lo mismo - él estaba a la defensiva. y no lo culpo.

- qué hijuemadre, sí - acoté - pero sin ropa... quiero ver eso - confieso que tuve curiosidad por la escena circense.

- no creo que le guste... -

- entonces nada - le interrumpí antes de que se aprovechara más de su buena suerte.

- está bien - dijo resignado después de dudarlo.

qué vergüenza puede darle? pensé. el tipo tenía testículos y tetas y se acostaba con desconocidos.

sin yo pedírselo comenzó a bailar sensualmente al compás de una melodía imaginaria, o por lo menos una que yo no podía oír. al principio intenté hacerlo pero el zumbido en mis oídos aumentó al recostarme. el cuarto dio unas cuantas vueltas y finalmente se detuvo para la mejor parte.

en defensa del travesti, debo admitir que tenía buen cuerpo y que no se movía mal. he visto prostitutas más feas en incursiones al centro de la ciudad. su cintura era pequeña como la de una quinceñera, poseía un buen par de implantes y sus piernas eran dos esculturas a la perfección femenina. por un momento comprendí a quienes sostienen su negocio callejero.

- y no pagan impuestos - pensé en voz alta.

- qué? - preguntó él mientras se despojaba de la última prenda sobre su cuerpo.

- nada - iba a decir algo más pero toda noción de realidad se retorció ante lo que vi.

tuve que sentarme y aclarar la vista para enfocar bien aquella cosa.

- es de verdad? - pregunté aterrado.

- sí - dijo él con timidez.

el tipo no sólo tenía testículos pequeños y una verguita en minuatara. tenía dos! dos pequeñas cabezas que nacían pocos centímetros atrás en una bifurcación del pene.

me levanté de la cama para acercarme a esa cosa pero él me lo impidió. se apresuró a taparse con las manos cual niño timorato en las duchas del colegio.

- dicen que el presidente tiene una igual - comentó en medio de su estrés.

- qué? -

- lo mismo que el cardenal -

- imposible - exclamé - nadie puede tener una igual - eso hirió sus sentimientos.

- es señal de inteligencia! - refutó envalentonado y comenzó a vestirse nuevamente.

- qué hace? - le encaré.

- todavía quiere la mamada? -

lo medité dos veces. "tiene razón", pensé.

- tiene razón - dije.

se puso la ropa tan rápido como le fue posible. estuvo a punto de caerse de bruces al hacerlo. yo lo dejé en paz. la suya no debía ser una vida fácil. además comencé a marearme.

- sabía que hace cien años utilizaban el cine para persuadir a la gente para que no fumara? - le pregunté.

él no respondió. simplemente siguió vistiéndose

- ahora los gringos lo utilizan para que lo hagamos - concluí.

miré por última vez ese par de piernas esculpidas en el cielo. era una lástima el error de cromosomas. esas bellezas le hubieran conseguido cualquier cosa en otras circunstancias.

- va a pagarme? - quiso saber una vez terminó de acicalarse.

le pasé un par de billetes de diez mil. sentí que los valía.

- a las tabacaleras sí que les dan duro y siguen en pie - comenté.

creo que en ese momento el tema me pareció interesante.

- yo no fumo - fueron sus palabras.

- ni yo -

salimos del motel en silencio y cada uno tomó su propio rumbo.
el tráfico encendía las calles como si fuera navidad. pero no lo era.

NOTA: La ausencia de mayúsculas en el presente relato
hace parte del estilo del autor.



Gabriel López Nieto

Nací el siete de marzo de 1977. Vivo en Santiago de Cali, en la desventurada República de Colombia. Estudié en un colegio franciscano que no logró acabar con mi alma por más que se lo propuso. Me gradué de Comunicación Social y Periodismo en la Universidad Autónoma de Cali, y ahora detesto a los teóricos de la comunicación. Ejercí el periodismo en un diario local como columnista de opinión pero creo que nadie me tomó en serio. También trabajé en un portal de entretenimiento en internet en donde escribí todo tipo de material, desde publireportajes hasta crónicas de política, pasando por reportajes de música, columnas de opinión y hasta crítica de cine. Allí también hice reportería gráfica, producción de campo para sesiones fotográficas de modelos, mercadeo, diseño, y cuanto oficio fue necesario para sobrevivir. Desde hace tres años trabajo como realizador audiovisual independiente, fotógrafo, y animador digital. Tengo mi propia empresa realizadora. Escribo a diario en la soledad de mi estudio, la mayor parte del tiempo acompañado por unas cervezas y whisky Gold River (cinco dólares la botella de 750). Gané un premio a Mejor Guión Universitario en el año 1998 con el guión para cortometraje “Dos Días Más” y acabo de ser finalista en el concurso de Narrativa Breve Constantí 2.004 en España con el cuento “La Barcaza de los Sueños”. Esa es mi primera y única publicación hasta el momento. Aún vivo así que esta breve biografía carece de un final digno para un buen escritor.

Amor eterno

JoLuLo

Él, Ignacio, estaba sentado tomándose un refresco en la terraza del paseo marítimo; disfrutando del sol de la mañana y de la brisa marina. Sus ojos iban de los titulares del periódico, que tenía entre sus manos, al paseo marítimo, viendo pasear a las personas, ávidas del verano que se acercaba. Las piernas cruzadas, balanceaba su pie distraídamente.

Ella, Carmen, acababa de comprarse una crema hidratante en la tienda del paseo marítimo; caminaba distraída leyendo el pequeño texto de la etiqueta del preparado. Atajó por aquella terraza semivacía y, sin darse cuenta, tropezó con el pie bamboleante de Ignacio.

Al tener las manos ocupadas en el frasco de la crema, no le dio tiempo a dirigir su caída y la pérdida de equilibrio le hizo arrojar sobre el propio Ignacio. Él no la había visto ni acercarse, estaba mirando para el otro lado, cuando le cayó encima Carmen.

Tras el susto inicial, rápidamente intentó atraparla y evitar que se lastimara contra el suelo, cogiéndola de los brazos, pero no pudo evitar que una rodilla se hiriera contra el terrazo.

Ambos iniciaron el gesto de mirarse para pedirse disculpas

mutuamente y sus ojos se cruzaron. La luz conspiró y la melena suelta de Carmen, agitada por la caída, le cubría a mechones su cara, y entre los mechones dos luceros miraban fijamente a Ignacio, quien a su vez miraba los tiernos labios bajo tan bello apéndice nasal. Ignacio sintió acelerarse su corazón.

Carmen al levantar la vista para pedir disculpas, se encontró con la mirada clara de Ignacio, sorprendido y preocupado por ella; en sus ojos brillaban dos puntos, tal vez reflejos de la mañana soleada. Un hormigueo le recorrió el estomago y irguió su pecho.

Tras unos instantes de mutua contemplación, ambos reaccionaron y con unos balbuceos se disculparon. La una por la caída, el otro por su estúpido pie. Ella se incorporó y él, caballerosamente, la imitó. Eran de estatura similar y al verla de pie, Ignacio pudo comprobar la belleza de todo su cuerpo, embutido en un ligero traje corto floreado, alegre y juvenil. Carmen observó la conjunción del vestir deportivo de Ignacio.

-¿Te encuentras bien? –Le preguntó tímidamente.

-Sí, gracias, perdona, he sido muy torpe.

-¡No, por Dios! Huy, tienes una herida en la rodilla.

-No es nada.

-Por favor, déjame que te la vea –Ignacio, sacó un pañuelo de su bolsillo y limpió de polvo la herida. Le indicó que se sentase y con suavidad le cogió la pierna para observar detenidamente la rodilla, pero su mano temblaba, el roce con la piel de Carmen le inhibía.

-No te molestes. No es nada. –Le dijo Carmen, pero no dejaba de mirarle; cuando sintió su suave y cálida mano en su rodilla, las mariposas se agitaron locamente en su estomago.

-Espera, no te muevas, iré al bar a ver si tienen un poco de agua oxigenada o algo así, ahora vuelvo.

Carmen aprovechó su ausencia para respirar y tranquilizar su estomago y su corazón. Ignacio, lo primero que hizo al entrar en el bar, fue tomar aire, luego solicitó el material de auxilio con poco éxito y optó por una botella de agua y varias servilletas de papel. Con tan simples componentes, le lavó con cuidado la herida y le puso el pie en una silla para que le diera el sol a la herida y la secase. Se sentó a su lado, pues considero descortés que estando ella en esa postura al sentarse enfrente pudiera ella pensar que la vería zonas íntimas.

-¿Eeeee... eres de por aquí? –rompió el silencio Ignacio.

-Sí, de la zona del Centre.

-Ah, no te había visto antes.

-Ni yo a ti.

-Huy, perdona, no me he presentado, me llamo Ignacio.

-Yo Carmen. Muchas gracias por tu ayuda.

-Por favor, es lo menos... -e Ignacio se quedó mudo, sus ojos se habían quedado clavados en los de ella. Un mar de fuego, un oleaje de electricidad le invadía, estaba paralizado, colgado en aquellos dos hermosos ojos que le transmitan sensaciones no conocidas.

Carmen entreabrió los labios, no por deseo sino por tomar aire

para el fuego interno que la invadía. Esa mirada fija de él, esos ojos, la cautivaban, la hipnotizaban; su cuerpo puso todo el vello erecto y la piel tomó la forma de gallina. Las feromonas hacían su efecto, la pasión se transmitía en la mirada, ambos estaban poseídos de ardor.

-Eres... eres preciosa, Carmen.

-Gracias —respondió en tono bajo y con sensación de haberse ruborizado.

Ignacio deseaba besarla, pero no se atrevía, era demasiado preciosa para que él tuviera acceso a ella, era un sueño, una diosa vaporosa.

Ella deseaba ser besada, pero enseguida se dio cuenta que un hombre como aquel no podría estar libre, era precioso, y elegante y caballeroso, y esas manos suaves y sensibles transmitan paz y cariño.

Él, sacando valentía e intentando dominar su temblor, la cogió de una mano, era como tocar el cielo, no podía ser real, pero algo le decía que tal vez fuera posible.

-Carmen... eres preciosa —repitió e inicio un acercamiento lento para besarla.

...

-¡Venga Pecas, tío, joder! ¡Qué nos pillan! ¡Hostias! ¡Písale! ¡¡Joder!!

-¡Me cago en la puta, Chini! ¡Estos no me cogen! ¡Me cago en la

hostia!

-¡¡Pero que haces tío!! ¿¿¿Dónde vas??? ¡¡No te metas para la playa, que no hay salida!!

El coche irrumpió en la terraza a toda velocidad, abriéndose camino lanzando las mesas y sillas metálicas a ambos lados. Una de las sillas, tras chocar con una palmera cercana, se incrustó en el parabrisas del coche robado y El Pecas dio un volantazo brusco. El coche patrulla que les perseguía, se encontró con ellos de frente y no pudo evitar el brutal choque frontal. Salió despedido contra la única mesa ocupada de la terraza contigua.

Justo cuando los labios de Ignacio rozaban los de Carmen, mil trescientos kilos de metal manufacturado en Martorell, más 30 litros de gasolina, más dos miembros de Cuerpo Nacional de la Policía, aplastaron ese suave beso convirtiéndolo en inmortal.



JoLuLo
02-03-1957 Madrid

Autodidacta desde los 17 años, y tras una larga etapa integrado en la sociedad “capitalista”, en un momento dado rompí con todo y desde entonces vivo solo. De mis primeros escritos ocasionales y espontáneos –cientos de relatos o escritos breves–, he pasado a elaborar obras más largas y completas, menos personales y más imaginativas, convirtiéndose la escritura en un

ejercicio catártico, una afición satisfactoria e imprescindible, y, lo más importante, que ni me cansa ni me agota las ideas. Autor de novelas, principalmente policíacas o de humor, tengo otras menores y he escrito cientos de relatos más o menos breves y de temáticas variadas, desde infantiles –para niños de cinco años–, hasta pornográficos del sadomasoquismo más extremo, pasando por incursiones experimentales en teatro o guiones de cine. Mis libros de cabecera son *El Quijote* y *La conjura de los necios*.

08820 El Prat de Llobregat - Barcelona – España
zamabar@terra.es

La mirada del arquitecto

**Francisco Javier
Pérez Fernández**

Luego, con el correr de los años, le dedicaron una calle sucia y marginal por semejante hazaña, pero el arquitecto Juan Madrazo Kuntz, comisionado para reparar la catedral por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, no se entretenía en tales veleidades a aquella crítica hora.

Suya había sido la determinación de desmontar un ala entera del templo, gótico por toda seña, sin un sólo muro de piedra, sostenido enteramente sobre una hectárea de vidrieras y la fe del maestro Enrico el Viejo, su primitivo artífice.

Desmontar un ala de la catedral y lograr que el resto no perdiera el equilibrio: tal era la proeza que se impuso, a sabiendas de que el fracaso lo hundiría en el más ominoso oprobio. El problema era el peso, la tremenda presión de añadido tras añadido, superposición tras redundancia. Cinco siglos de arquitectos segundones. Cinco siglos. Primero un cimborrio, luego una cúpula renacentista, después

una linterna y una torrecilla, siempre con la presunción de añadir la propia obra a la genialidad anterior, en busca de un cordón umbilical capaz de nutrirlos con la fama ajena.

Juan Madrazo quiere ser la escoba que los arrumbe al olvido. Quiere un equilibrio de mínimos, liviandad casi flotante.

Para abordar la tarea construyó y diseñó cientos de distintos andamios, de palancas, de resortes, de flejes y ballestas que sostuvieran la bóveda. Ideó una catedral de madera que sostuviese a la de piedra. Sus ingenios semejan grandes aves prehistóricas, monstruos de inmensas costillas, estantiguas reencarnadas de un abismo mecánico.

Desde el inicio de los trabajos han pasado más de cinco años. El ala desmontada ha sido de nuevo recompuesta después de sustituir los sillares más deteriorados. Es la hora de retirar todo ese artificio de fuerzas contrapuestas y comprobar si el conjunto resiste.

Tal vez esperasen aún siglos de oprobio y vergüenza después del fracaso, crónicas enteras en mil idiomas señalando el nombre del responsable de que se viniera abajo una de las mejores obras del gótico español. Después del fracaso podía haber eso, y más, pero la vida no podía existir.

El arquitecto, con paso firme, despertó con sus pasos los ecos de las losas, los murmullos de los sepulcros, hasta colocarse bajo el crucero. Quería estar allí, justo allí, donde el derrumbamiento acabaría con él antes de ver hundirse el resto. Miró al alejado techo y dio la

orden a los obreros de que empezasen a retirar los andamios.

La estructura entera crujió, vibró un instante al recomponer su equilibrio, y todos los que contemplaron el prodigio supieron que el edificio entero se sostenía sobre la feroz mirada del arquitecto.



**Francisco Javier
Pérez Fernández**

Nacido en Zamora y residente en León, España. Satírico de vocación y autor confeso de varios libelos desde los trece años. Actualmente, editor de una revista universitaria donde se publican artículos sin firmar. Además, a veces, escritor de otras menudencias serias y hasta pretendidamente trascendentes. Poeta antiguo, novelista negro, ensayista agrario, dramaturgo bajo ningún concepto.

Un beso en la esquina

Alfredo Gabriel Salinas

Florián los veía pasar todas las mañanas y todas las tardes desde la ventana de su casa. Temprano lo hacían hacia el centro y al caer el sol hacia su casa. Al menos Florián dedujo que tales eran los destinos basándose en meras suposiciones. Desconocía dónde vivían, pero seguramente tenían su domicilio en el barrio, ya que también los veía a menudo en los comercios cercanos, por lo general juntos.

Ambos tenían el cabello blanco, ambos caminaban despacio por la obligada calma que implican los años, y a ambos se los veía felices y enamorados como si fueran adolescentes que acababan de confesarse su cariño. Como si de un ritual se tratara, al llegar a la esquina de Sensatez y Sentimientos se detenían, se miraban por un largo instante y finalmente se besaban con una ternura increíble.

Les prestó atención por primera vez una mañana en que, lánguido, miraba hacia la nada por la ventana mientras pensaba qué podría hacer para no aburrirse, entonces le resultó curioso que a esa

edad los abuelos caminaran tomados de la mano, pero mucho más llamativo fue presenciar aquel beso tan calmo, tan suave, tan lleno de amor y que pasaba desapercibido para el movimiento de aquella esquina, donde comenzaba a perfilarse el centro comercial de la ciudad.

Conocía historias de gente que se reencuentra con el amor en el otoño de sus vidas. Consideró que aquellos añosos tortolitos eran un ejemplo de ello, no había otra explicación, pues se le antojó inconcebible que tras un largo matrimonio conservaran, razones físicas de lado, la misma pasión de cuando jóvenes. Aquello derivó en la conclusión de que vivían en un asilo, abandonados a su suerte por hijos demasiado ocupados en sus cuestiones, y así, en una convivencia obligada, congeniaron y unieron sus corazones empujados por la soledad.

Sin darse cuenta comenzó a esperarlos todas las mañanas y todas las tardes, como lo hiciera de niño al aguardar el paso de aquel avión que pintaba en el cielo una estela blanca que tardaba en desaparecer. Y una mañana Florián decidió presenciar la escena a menor distancia, valiéndose para ello del kiosco que se encontraba en Sensatez y Sentimientos. Ya conociendo los puntuales horarios de la pareja, bajó minutos antes de lo acostumbrado y tras comprar el diario se apostó a leerlo en la vereda del comercio, con la espalda y un pie apoyados en la pared. De reojo la vio venir y trató de parecer absorto en la lectura.

Con esa cercanía descubrió que eran más ancianos de lo que había pensado. Las arrugas delataban verdaderas historias de vida, pero sus ojos eran tan brillantes y vivaces que contrastaban en esos rostros que se apercaminaban todavía más con las sonrisas que llevaban dibujadas.

Ella debió haber sido una mujer muy bonita en su mocedad, pensó Florián, mientras que el hombre indudablemente se había destacado por su don de caballero, que aún se vislumbraba en la constante deferencia que demostraba hacia su acompañante.

Pasaron a su lado sin prestarle atención, hablando de temas banales que Florián no pudo oír, pero pensó que se referían a la proximidad de la primavera o a lo grande que estaba su nieto. Al llegar a la esquina se detuvieron.

Por sobre el marco de sus anteojos para sol se concentró en la escena que casi todos los días presenciaba desde la ventana, sintiendo una rara emoción al ver la manera en que se miraban. Ya no hablaban, parecía que podían comunicarse perfectamente con los ojos. Las manos de él ciñeron la cintura de la mujer, cuyos brazos rodearon el cuello del hombre. Lentamente, muy lentamente, acercaron sus bocas y cerraron los ojos cuando los labios se encontraron en un beso intenso pero delicado. Un segundo eterno duró aquella caricia, tras lo cual se miraron, se sonrieron y volvieron a tomarse de las manos para seguir caminando.

- ¡Qué amor! ¿No?

Miró al kiosquero, que asomado a la ventana que oficiaba de mostrador sonreía mientras seguía con la vista a la pareja.

- ¿Qué cosa? —respondió doblando el diario y sintiéndose un poco en falta—. ¡Ah!, los abuelos.

- Pensar que se casaron hace sesenta años.

- ¿Sesenta años? ¡No puede ser!

- ¿Por?

- Nadie se quiere así después de sesenta años.

- Mi padre siempre decía: “Todas las generalizaciones son relativas, incluso ésta”.

- Mésé... quién sabe... el mío decía: “La realidad supera a la ficción”. ¿Conoce a los viejitos?

- Claro, desde que era pibe. Son los Flores, él era ferroviario y ella empleada en una tienda, unas personas maravillosas.

Miró al kiosquero y calculó que habría nacido a poco de casarse los abuelos.

- Parece que algunos se quieren toda la vida —dijo, silenciando sus dudas.

- Por suerte —dijo el kiosquero.

- Por suerte —repitió, y se marchó hacia su departamento tras saludar levantando el diario.

Mientras caminaba Florián pensó que si los abuelos llevaban sesenta años juntos y aparentaban rondar por los noventa de edad, significaba que cuando se enamoraron debieron ser menores que él.

- Si eso es verdad, han de ser excepcionales —se dijo al mediodía, que lo sorprendió meditando todavía en el asunto.

Ensimismado en aquella pequeña historia que estaba comenzando a descubrir, recordó la suya propia y los pensamientos lo llevaron a recordar sus relaciones más fuertes, aquellas con las que sintió o creyó sentir amor. Rememoró a Clara, la hermosa y dulce Clara, que conoció en sus épocas de universitario, que tanto desvelo le provocara cuando era incierto si se daría o no el romance que tanto deseaba. Hasta se hizo poeta, escribiéndole versos malísimos pero rebosantes de ternura. Se habían jurado mantener por siempre el amor, pero a los seis meses dejaron de verse, sin peleas y sin rencores, tan sólo aburridos el uno del otro.

La hermosa cara de Silvia también le vino a la mente. Qué coraje había tenido al entrar en la mercería donde trabajaba y decirle sin rodeos: “No imaginás lo feliz que me harías si me aceptás un café cuando salgás de trabajar”. La negativa estuvo acompañada con una sonrisa que lo alentó, y así, todos los viernes por la tarde repetía la rutina, recibiendo igual contestación hasta que agregó una advertencia a la invitación: “Si no me pedís que te deje en paz, voy a seguir viniendo todos los viernes”. La sonrisa entonces se hizo risa, una hermosa y melodiosa risa coronada con un “bueno, pero un café y nada más”. Claro que el café fue prólogo de una pizza y luego ambos caminaron despacio hasta la casa de ella, en cuya puerta Florián la invitó a bailar el sábado. Silvia dijo que tenía programado salir con

unas amigas, pero le indicó adónde iría y allí fue también él, monopolizando otra vez su compañía y logrando que el domingo por la tarde aceptara ir con él a tomar un helado. El viernes siguiente repitieron lo del anterior, el sábado fueron al cine y a mitad de la película se besaron por primera vez. Dos años después discutían cómo dividir los muebles que habían comprado. Al menos habían sido cautos no contrayendo matrimonio.

Andrea también era bonita. Florián siempre tuvo buen gusto en cuestión de mujeres. Bonita, inteligente y dulce. Era maestra jardinera y le encantaban los niños. La conoció en un acto escolar al que asistió para ver a Tito, su sobrino más pequeño, interpretando a una naranja en una pieza titulada “Las frutas son saludables”. Después debería mentir sobre lo excelente que le había parecido la obra, ya que su atención fue robada por la encantadora joven de cuadriculado delantal.

Desde entonces Florián pareció más interesado que su cuñado en el futuro de Tito, ya que las reiteradas visitas a la escuela para preguntar cómo iba el niño con los estudios (aunque recién comenzaba el jardín de infantes) se convirtieron en una constante.

- Con ésta me caso —le prometió a su hermana cuando conquistó a Andrea.

Pero no pudo cumplir. Conforme avanzaba la relación, Andrea descubrió que Florián no encajaba en el proyecto de formar la familia de sus sueños.

Nadie muere de amor y él sobrevivió. Hecho el duelo, el amor se le volvió a cruzar en el camino con otras caras, otros nombres, otras situaciones. También otros finales.

Al borde de los cuarenta comenzaba a rumiar la resignación de ser un solterón empedernido, con la certeza de que el amor eterno es la mentira que todo el mundo quiere creer, idea que se afianzaba al ser testigo de la relación de sus amigos con sus esposas, donde la rutina parecía ser el vértice que hacía de las parejas un triángulo condenado a una inexorable chatura.

Qué hermosa ilusión es el amor, que se deja percibir, se deja saborear, se deja palpar, para esfumarse del mismo modo en que apareció y ya no volver. Así es el sentimiento que mueve al mundo y Florián optó por huir de él, pues había comprobado demasiadas veces que el precio a pagar por sentirse pleno siempre terminaba empañando sus más hermosos recuerdos. ¿Cómo añorar la primera conversación a solas con Clara, si de fogosos amantes pasaron a ser amigos, luego conocidos y más tarde apenas se saludaban? ¿Cómo rememorar contento los dos años con Silvia, cuando la relación casi termina con la participación de abogados? ¿Y Andrea, y las otras... dónde había quedado el amor que les tuvo y que le tuvieron?

Y de repente se encontraba con aquellos ancianos que se trataban con tanto afecto a pesar de los años juntos. Sus opiniones sobre la durabilidad en las relaciones de parejas se debilitaban y confundían.

- A esa edad no creo que tengan sexo –pensaba -. Ya deben conocerse uno al otro mejor que a sí mismos. No han de tener ningún secreto, seguramente se hablaron todo lo que podían hablarse, hasta la rutina los llevará a ignorarse la mayor parte del tiempo... ¡Es lógico que sea así! Pero esas miradas, esos besos, esa ternura... ese amor, después de tanto tiempo...

Florián se jactaba de ser práctico y ese rol adoptó ante lo desagradable que le resultaba la idea de caer en obsesiones inútiles. Modificando levemente sus hábitos, casi casi como moviendo apenas el minutero de su reloj, le bastó para que dejara de ver todos los días a los Flores y su ritual romántico. A los pocos días llegó a olvidarse de su existencia y a ocuparse en sus propios asuntos. Algún día llegaría a la conclusión de que también era práctica la hipótesis de que el amor eterno no es más que una cómoda quimera.

Cierta mañana, meses después, a mediados de primavera, desayunaba cuando algo incierto le trajo la pareja de abuelos a la memoria. Empujado por la nostalgia caminó hasta la ventana y decidió terminar su taza de café esperando su paso, pero el reloj acusó la hora de irse y los Flores nunca aparecieron.

El subconsciente se debió haber sentido intrigado, ya que la tarde encontró a Florián sentado en la ventana, aguardando el regreso de los ancianos, escena que tampoco pudo ver. Sin darse cuenta, aquello se fue convirtiendo en una pequeña obsesión que lo llevó a

montar guardia durante las mañanas y tardes siguientes, sin tener éxito.

Intrigado, decidió confirmar sus sospechas y lo hizo al comprar el diario en la esquina de Sensatez y Sentimientos.

- ¿Y los Flores? Hace mucho que no los veo —dijo mientras pagaba.

- ¿No se enteró? La señora falleció hace unas semanas, le dio un infarto —respondió el kiosquero con un tono triste en la voz.

La noticia le provocó a Florián un escalofrío y lo dejó absorto, mirando a quien se la diera con ojos incrédulos.

- ¿Y él? —dijo después de unos segundos de mutismo.

- No lo he visto, pero imagino que debe estar abatido.

Resultaba fácil imaginarlo. Florián mismo, sin conocer a los ancianos, sucumbió ante una angustia propia de quien ha perdido a un ser amado y no alguien desconocido y domiciliado algunas cuadras al sur.

El otoño llegó más frío que años anteriores y quizá por ello más melancólico. Al menos así le pareció a Florián. Ya no miraba por la ventana en ciertos horarios, pues de inmediato recordaba al matrimonio y la pena lo embargaba.

Pero una de esas mañanas de hojas amarillas bailando al ritmo de frescas brisas, cuando salía a la calle, vio a don Flores llevando el camino que tantas veces hiciera junto a su esposa y se quedó quieto,

mirándolo.

El anciano llegó a la esquina y se detuvo, mirando a la nada, según cualquiera podría suponer, pero Florián supo que la fuerza del recuerdo le dibujaba frente a sí una cara hartamente conocida.

Se llevó las manos al rostro y Florián sintió una molestia en la garganta en tanto su mirada se empañaba. Cuando se secó las lágrimas que no habían llegado a salir, don Flores había cruzado la calle y él, sin pensarlo, caminó en la misma dirección.

Con el paso más lento que nunca, el abuelo llegó a un bar ubicado en Torna y Sorrento, al que entró. Quien lo seguía hizo lo mismo minutos después, luego de preguntarse qué pretendía, pero antes de hallar respuesta lo vio sentado a una mesa del fondo, junto a la vidriera que daba a Torna. Era el único parroquiano. Se lo veía tan indefenso, tan desvalido y vulnerable, que Florián temió que muriera allí, antes de que le sirvieran el pedido.

De chaqueta blanca, moño negro y engominado cabello gris, el mozo llegó con su bandeja y dejó en la mesa del abuelo dos pocillos de café con una actitud tan natural que provocó una sorpresa obvia.

- Un cortado —dijo Florián, sin apartar la vista del vecino, para luego encender un cigarrillo y disimular.

Don Flores miraba hacia delante mientras revolvió el azúcar. Una débil sonrisa curvaba sus labios. La diestra, apoyada en la mesa, de a ratos se levantaba un poco, como queriendo posarse en otra mano inexistente, pero volviendo a posarla sobre la madera, resignada.

- Vino más fresco este otoño, ¿no?

Tras decir aquello se sintió entrometido, como si se inmiscuyera en un ritual sagrado. El mozo, desde la barra, lo miró por un instante pero no le prestó mayor atención. Pensó entonces que don Flores no le habría oído o que, ensimismado en su mundo, ni siquiera había notado su presencia, pero no fue así.

- La verdad que sí —dijo tras unos instantes, sonriéndole.

- Para mí que es por la tala en las selvas. Esas cosas afectan mucho al clima —se le ocurrió agregar para prolongar la conversación.

- Algo parecido escuché en el noticiero, ha de ser así.

- De todos modos el pronóstico anuncia un invierno menos frío que el año pasado.

- ¿Ah sí? Ojalá, el frío húmedo me hace doler los huesos. Hace años me quebré una pierna y suele molestarme bastante.

- Lo mismo me pasa a mí en este brazo —dijo señalándose el izquierdo—. Me fracturé cuando era adolescente y todavía me duele con la humedad.

- En su caso puede ser imaginario, se le instaló en la mente que le iba a doler y termina pasando. En cuanto a mí, es diferente, tengo noventa y tres años y la máquina se herrumbra.

Dejó escapar una risita amable tras la humorada y dio un sorbo al café. Florián se sintió a gusto con esa charla trivial y quiso que no terminara pronto.

- Siempre lo veía con su señora —dijo finalmente, aunque se arrepintió de ser tan directo-. Supe que falleció y quiero que sepa que lo lamento mucho.

Don Flores lo miró con asombro, dejando el pocillo suspendido cuando iba a llevarlo a los labios. Florián creyó que había cometido una gran torpeza. Quizá una fantasía senil mantenía a la mujer viva en la mente del anciano. El pocillo de café frente a la mesa vacía era un fuerte indicio de ello.

- Es muy amable —dijo tras un instante, interrumpiendo aquel sorbo-. Son las cosas de la vida, joven. ¿Pero por qué lo lamenta?

- Vivo en Sensatez, a media cuadra de Sentimientos. Muchas veces los vi pasar frente a mi departamento y se veían muy unidos.

- Muy unidos, es verdad. Nos enamoramos quizá antes de que nacieran sus padres, hace sesenta y dos años.

- Hacían una hermosa pareja y realmente es muy lindo que a pesar del paso del tiempo se quisieran así, se les notaba. Podría decirse que me despertaron simpatía, les tomé afecto. Por eso lo lamento.

- Gracias —tardó en decirlo y Florián entendió que fue para dominar la emoción.

- Su nombre era Olga, la chica más hermosa que había visto en toda mi vida —comentó tras un silencio, notándose el orgullo pintado en su cara-. Trabajaba en una mercería junto con mi hermana, que murió hace varios años. Ella nos presentó y el flechazo fue inmediato,

amor a primera vista, como le dicen. Yo era maquinista de la línea Paraíso Perdido y viajaba mucho. ¡Oh! Cuando estaba lejos tenía terror de volver y enterarme de que se había enamorado de otro. Es que en aquella época ponerse de novio llevaba su tiempo y por más que nos gustábamos, había que ir cumpliendo todas las etapas, pero tuve la bendición de que me eligiera y nos casamos. Imagínese, en tantos años pasamos por muchas situaciones, buenas y difíciles, sin embargo fuimos muy felices a pesar de que no pudimos tener hijos.

Tener un hijo. Florián había experimentado la necesidad de ser padre en más de una ocasión, al jugar con sus sobrinos, al visitar a sus amigos casados y verlos con sus niños, no obstante la soltería y su filosofía de que todo amor es perecedero incluyeron la abolición de ese proyecto de vida. Pero aquella pareja, aquella increíble pareja, se había amado hasta el fin sin que su unión les diera alguien por quien velar.

- ¿Sabe? Hay algo que me resulta sorprendente. Como le dije, los veía a menudo y era notorio que se querían muchísimo. Hasta llegué a pesar que se habían conocido hacía poco tiempo. Dígame, ¿cómo es que luego de tantos años juntos sentían casi lo mismo que cuando se conocieron?

Don Flores esbozó una triste sonrisa y durante algunos instantes se perdió en sus cavilaciones. Finalmente lo miró y se diría que la felicidad se había asomado en su semblante, pero sólo por un momento.

- Siempre consideré a Olga como lo mejor que me pasó en la vida. Fue una esposa maravillosa y una amiga incondicional, tomé conciencia de ello cuando nos casamos y jamás me sentí defraudado. Hubo un tiempo en el que tuve temor de que la rutina arruinara el matrimonio, porque no quería cansarme de ella ni que ella se cansara de mí... usted sabe, es natural que esas cosas pasen e incluso que todos lo pensemos en algún momento. Pero descubrí el secreto y vaya si sirvió.

- Si cree que no le voy a preguntar de qué se trata, está equivocado.

- Y se lo voy a contar con mucho gusto, además es algo sumamente sencillo. Sólo imaginaba mi vida sin ella.

- ¿Pensaba cómo sería separarse?

- No necesariamente. Simplemente trataba de imaginar las cosas buenas y las cosas malas de vivir sin Olga. Todas las mañanas lo hacía, al despertar, antes de abrir los ojos. Pero lo pensaba en serio, con profundidad, así como usted hará flexiones y otro sale a trotar, yo hacía eso, ¿y sabe qué?, al mirar a mi lado y encontrarla dormida me sentía el hombre más afortunado del mundo. Supongo que ella sentía mi dicha y se le contagiaba. ¿Ya ve qué cosa tan sencilla?

Florián no supo qué decir. Recordó los días en que los viera tomados de la mano o dándose ese beso y pensó que hubiera sido muy bueno que murieran juntos. Consideró que la naturaleza debería

contemplar ese tipo de detalles para ser perfecta.

Mientras se dejaba llevar por sus meditaciones no reparó que sus ojos estaban fijos en otro pocillo.

- Noto que le llama la atención que haya pedido dos cafés. No crea que estoy loco, senil seguramente, pero bastante bien para mi edad. Siempre pido dos cafés, me sentiría mal si no lo hiciera pues con mi esposa veníamos aquí todos los días, y si bien ahora estoy solo, no quiero dejar de venir. El mozo puso cara rara el primer día nomás, pero se acostumbró rápido. Es que no sabía que Olga había fallecido. Él sí debe creer que estoy loco.

¿Sería posible aquella historia? ¿Acaso aquel viejo no estaba tomándole el pelo contándole su romance perfecto? Claro, en la vida hay de todo y por qué no una excepción. Florián mismo había catalogado de excepcionales a los Flores.

- La vida es como el amor y como todo, nada es eterno –dijo más para sí mismo que como parte de la conversación.

- No estoy de acuerdo con eso –respondió el anciano-, mi amor por Olga durará hasta que me muera, y después... quién sabe, quizá pueda seguir amándola. Fíjese en mí, así como me ve, hubo una época en la que no era mal parecido y siempre gusté de comprarme buena ropa. Tuve mil oportunidades de estar con otras mujeres, y mujeres lindas, nada de feas... pero siempre pensaba en Olga, en lo mucho que la amaba y en el daño que le causaría si le fuera infiel. Nunca podría habérmelo perdonado, aunque ella no se enterara, el

compromiso era conmigo mismo nomás. ¿Si ella me engañó alguna vez? Quiero creer que no, estoy seguro que no, porque el amor que me tenía se podía sentir. No es fácil de explicar, tendría que vivirlo. Realmente deseo que alguna vez le pase, si es que ya no le pasó.

Don Flores se puso de pie tras dejar un billete sobre la mesa. Florián se ofreció para acompañarlo pero el anciano se lo agradeció, quería caminar solo. Entonces se quedó unos minutos analizando aquella conversación. Quizás eso de la media naranja fuera cierto y cada persona tuviera un alma afín en alguna parte.

Dejó unas monedas por su cortado y se dispuso a marcharse, pero al pasar junto a la mesa que ocupara su nuevo amigo se detuvo sorprendido. Los dos pocillos estaban vacíos y no recordó haber visto al abuelo bebiendo de ambos.

Pero Florián era práctico y odiaba dejarse atrapar por obsesiones. En la vereda vio al viejito con su paso cansino, alejándose hacia el centro. Él caminó en sentido contrario.



Alfredo Gabriel Salinas

Nació en Villa Mercedes, San Luis, Argentina, el 25 de noviembre de 1969. Se dedica al periodismo gráfico, radial y televisivo. Su fuerte en la literatura es el cuento, incursionando en la novela con «La pasión según Román», «Pastora» y «Mano de hierro, mano de trapo».

Ha publicado en diversas revistas, páginas de internet y editó «Pastora» en el formato de libro interactivo para computadora. También ha trabajado algunos de sus textos como radiocuentos.

ags_vm@hotmail.com

Un instante en Oslo

Javier Vázquez Losada

Se me presenta vivo el recuerdo de haber discutido con ella esta mañana, y no me apetece coger un avión ahora. Otro más, éste para ir a Oslo a otra de las malditas conferencias médicas a las que me obligaban a ir en el hospital. Como si ya no fuera bastante con el viaje, para tener que ir además con esta sensación de malestar por lo que se podía haber evitado; pero ni yo lo hice, ni ella lo hizo.

Ahora nos llaman para embarcar, y mientras espero en la cola la llamo una vez más, y sólo consigo volver a escuchar ese frío mensaje que me dice que el móvil o está apagado, o está fuera de cobertura. Pruebo a llamar a casa, y escucho mi propia voz en nuestro anticuado contestador. Dudo por unos instantes si dejar un mensaje, y entonces me pide la azafata la tarjeta de embarque mientras me recuerda que debo apagar el teléfono. No dejo el mensaje, y apago el móvil.

Me siento en el asiento de pasillo que había solicitado para evitar la ventanilla que me hace sentir en el aire tan, tan frágil. Cojo dos periódicos. Con eso y un libro de relatos que llevo en el maletín, pien-

so que tendré suficiente para todo el viaje. El libro no lo voy a leer en el orden al que me obligan, esto es, un relato tras otro desde el principio hasta el final, sino que me voy a leer primero los relatos impares, y después los pares. Ahora me ha dado por ahí; hay épocas donde leo primero los de mayor extensión, otras los de menor. Hace dos años me dio por leerlos todos menos uno, que se quedaba en mi limbo particular de lo que existe pero no para mí, que en lo que a mí respecta es como no existir en absoluto. Ella me dice que son rarezas de un tipo raro, y yo le suelo decir que para rara su madre, que colecciona sellos. Si por lo menos coleccionase las cartas, coleccionaría la vida, o algo parecido. “Me falta la carta donde Pepa Pérez corta de una vez por todas—es verdad que se lo tenía merecido— con Pepe Gómez; por otro lado tengo la última carta, suplicante, que él le envía pero, claro, sin la carta que me falta la historia no parece la misma...”

Leo el primer periódico y, como siempre, me aburre mortalmente. Hubo una época en que no leía ninguno en absoluto; creo que fui más feliz y, lo que es más increíble, el mundo siguió su curso con pasmosa normalidad. Lo que demuestra la abrumadora superioridad de la literatura sobre la prensa escrita es que si dejo de leer mis admirados relatos, el mundo no sigue igual... al menos para mí, claro. Pero ella me dice que no leer los periódicos supone retroceder a años oscuros, a la época de las cavernas. Y la fuerza de lo que piensen que somos superó a la tendencia natural de ser como se es, y me auto

flagelo con frecuencia leyendo incluso las primeras secciones, las más aburridas sin duda.

Del segundo periódico hojeo, aquí sí que no soy capaz de más, la revistilla que lo acompaña, y sólo consigo detenerme mínimamente en un reportaje sobre la variedad de melones que hay en España y sus propiedades. Se me queda en la cabeza, casi sin querer, que favorecen el tránsito intestinal y que son muy ricos en ácido fólico; la información se me quedará en una parte del cerebro, una parte aburrida, pero práctica.

Cuando estoy guardando la revista en el compartimento con rejilla que tengo a la altura de mis rodillas, me habla el tipo que va en el asiento del medio, para preguntarme con qué motivo voy a Oslo, con la única intención de contarme él el suyo como si me importara lo más mínimo. No lo había mirado ni una sola vez desde que me senté, y ahora me veo obligado a hacerlo. O es un ansioso, o se ha dopado, o ha bebido. Imagino que será esto último; habla demasiado rápido y sin vocalizar. Le escucho lo justo para que no se enrolle más, y no se sienta ofendido y le dé una paranoia. Me cuenta que le envía la empresa maderera para la que trabaja como gerente, a hacer un estudio sobre un par de empresas similares, que en asuntos de madera los noruegos saben un montón.

El hombre nervioso se va animando e interpele a la chica de la ventanilla, que nos cuenta que es pintora y que va a Oslo a dibujar y a enseñar algunas de sus pinturas a unos galeristas con los que había

contactado previamente desde Madrid. Cree que se va a quedar una temporada en Oslo, y nos recomienda visitar la Galería Nacional. Cuando oigo esto pienso en ella, porque pocas cosas me pueden gustar más en el mundo, como visitar museos juntos. Ella sabe más y yo tengo más viva la imaginación, y de ahí sale una combinación perfecta para ver y hablar de pintura. Sonríó al recordar que solemos marcharnos de los museos cuando ya a los dos nos empiezan a doler los riñones. El disgusto empieza a dar paso a la pena de que no haya podido venir. Ni siquiera pude dejar un mensaje que nos hiciera sentir mejor a los dos...

Mientras pienso en ella, me aísla de la pintora y del gerente de maderas, que siguen hablando de las cosas que se pueden hacer en Oslo, con propuestas muy diferentes como lo son ellos.

Después de pasar las azafatas con la repugnante comida me leo uno de los relatos: el décimo del libro, adquirido en internet. Me aísla del viaje, de la charla de mis vecinos y de discusiones vividas. Es tan bueno que me enfada que no esté en las cristaleras de las librerías. Me sigue pareciendo mejor que el noventa por ciento de lo que leo publicado en el formato tradicional.

Entonces el avión empieza a temblar; sacudidas arriba y abajo, a izquierda y derecha; ya me gusta poco ir por el aire, así que cuando hay turbulencias lo paso realmente mal. Utilizo mi truco, que consiste en buscar entre los pasajeros que están al alcance de mi vista al que me parece más tranquilo, y trato de contagiarme y actuar como él.

Las sacudidas continúan; empiezo a pensar que la cosa va en serio cuando las azafatas se van hasta sus asientos dejando los carritos de la comida en el pasillo. Mientras siguen las sacudidas, nos hablan por los altavoces del avión para decirnos que atravesamos una zona de turbulencias, y que descendemos ligeramente a causa de un pequeño problema, pero que recuperaremos altura...

¡Un pequeño problema! ¿A qué le estarían llamando pequeño problema? El avión se mueve cada vez más... la gente empieza a gritar y a perder el control... yo... yo no grito... me retuerzo en el asiento ante lo que parece un desplome... dejo caer la cabeza y vomito con tanta fuerza que me duele... me quedo con la cabeza tan baja como puedo y cierro los ojos... muchas veces me ponía en lo peor, pero hoy sí creo tener motivos... pienso en ella y en que me duele nuestra última conversación, y en que no puede ser la última... sigo con los ojos cerrados...

Creo que grito antes de abrirlos, y digo creo porque en ese momento no me oigo; escucho un ruido, como si estuviese soplando un viento fortísimo, y oigo otros gritos...

Escucho mi propia respiración y entonces abro los ojos. Las azafatas siguen sentadas y los carros en el pasillo. No puedo hablar, y a duras penas consigo incorporarme y mirar al techo del avión... no sé el tiempo que pasa. Miro a mis compañeros de fila y parecen más recuperados que yo. Les digo algo y parecen no escucharme; respiro tan fuerte que a lo mejor no consigo hacerme oír.

Me desabrocho el cinturón y me levanto del asiento en dirección al baño. Ya dentro, me lavo la cara y las manos... me mareo... me siento en el retrete hasta que se me pasa... cada vez respiro más fuerte.

Vuelvo a mi asiento; el avión va ahora suave, casi ni lo noto volar; pero sigo mareado y parece que estoy roncando en vez de respirando... va tan tranquilo el avión, tan silencioso...

Trato de relajarme en el asiento. Echo la cabeza hacia atrás e intento dormir... se me cierran los ojos...

No sé el tiempo que pasa; de hecho no sé el tiempo que ha pasado desde que despegamos; mi reloj está parado, supongo que en la hora de las sacudidas, por los cambios de presión. Se paró dos horas después de la salida. ¿Cuánto más puede haber pasado? Como mínimo otro tanto... entonces... debería faltar poco para llegar. Se lo digo al gerente y a la pintora y no me responden; parecen no escucharme... ¿Qué coño pasa?...

Ahora que lo pienso, el avión está demasiado silencioso, no sólo parece que no vuela, sino también que no lleve a nadie... doy unas voces y no me responde nadie; las azafatas siguen en su asiento. Voy hacia la ventanilla y veo el cielo; no se ve nada más. Voy hacia donde están las azafatas, les pregunto lo que está pasando, y tampoco me responden. Sigo hacia delante y trato de pasar a la cabina pero la puerta está cerrada o bloqueada; grito aunque sé que nadie me va a responder. Vuelvo a mi asiento y trato de dormir... cierro los ojos y

pasa el tiempo; el avión sigue volando, ¿pero dónde podemos estar después de tanto tiempo, por el amor de Dios? Esto lo digo gritando, porque supongo que estoy gritando aunque nadie parece oírme...

No sé el tiempo que pasa. Voy otra vez en dirección a la cabina, paso cerca de la gente pero me siento invisible...

Antes de la cabina hay un espacio pequeño, supongo que para las azafatas. En una mesita desplegable, hay un aparato que parece una radio, o un transmisor. Pruebo a escuchar, y se oyen unos mensajes que supongo serán los que manden los pilotos de otros aviones. Hay un botón de color rojo en el aparato, lo aprieto y parece haberle cambiado la función o la sintonía. A ver si oigo algo... lo que sea...

Parece un noticiario. Hablan en inglés, Lo entiendo.

“Últimas noticias del accidente aéreo. Poco más se sabe del Boeing con destino a Oslo, procedente de Madrid, que cayó al Mar del Norte. No han aparecido supervivientes y tanto la policía como los equipos de rescate señalan que es casi imposible que puedan llegar a aparecer”...

A partir de ahí sólo oigo palabras sueltas “fallo... picado... motores... los gobiernos... este año...”

Siento que respiro a voces y que grito en silencio... nadie me oye... voy hacia al asiento; vuelvo a gritar... nadie parece oírme; pero ahora sí me miran, no como antes que me esquivaban... de hecho me miran todos... ¿qué miráis? ¡Decir algo! ¡Vamos, que alguien hable de

una maldita vez!...

Miro por la ventanilla otra vez; y otra vez el cielo... y me pregunto si no tendría que ser el mar...

Me tiro al suelo... no pienso... seguimos volando... eso es...

En el suelo vuelvo a cerrar los ojos. Trato de apretarlos fuerte, como cuando era niño y no me gustaba lo que veía... como si mis ojos pudieran cambiar y yo con ellos... y así cambiar el mundo...

Estoy con ella en Oslo. Ella coge mi cintura y yo su hombro, aunque a veces acerco la mano a su cuello. Paseamos por un barrio del que no me sé el nombre y que está lleno de casas de madera.

—Tenemos que ir a la Galería Nacional —le digo.

—Claro; ¿cuándo quieres ir? ¿Mañana?

—No. Ahora; vayamos ahora.

—Y pensar que estuve a punto de no venir —me dice ella.

—No lo pienses más.

—Ya; pero me da rabia que hayamos discutido por eso toda la semana.

—Siempre supe que al final vendrías.

Ya está. Sonrío y anochece en un instante...

Javier Vázquez Losada



Nacido en Orense en 1967. Licenciado en Derecho por ICADE, actualmente trabaja como abogado.